

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL
Tesis Licenciatura en Trabajo Social

**El conflicto social en el espacio urbano:
un análisis de la crisis en la convivencia ciudadana**

Diego Martín Olivera Couto

Tutor: Ximena Baraibar

índice

introducción3

CAPÍTULO 1

conflicto social urbano y las nuevas formas de marginalidad6

1. *introducción*6

2. *nuevo régimen de marginalidad urbana*8

3. *nueva y vieja marginalidad desde una perspectiva latinoamericana*15

CAPÍTULO 2

procesos de segregación territorial y conflicto urbano: la dimensión espacial de la marginación.24

1. *espacio físico y espacio social*24

2. *procesos de segregación urbana*26

3. *la discusión en torno a la noción de "gueto urbano"*30

4. *espacio público y "cultura de la calle"*34

CAPÍTULO 3

procesos de marginalidad y conflicto urbano en el Uruguay38

1. *conflicto social y violencia urbana*38

2. *El caso del barrio Colón*46

CAPÍTULO 4

conclusiones.55

bibliografía59

Introducción

Este trabajo se realiza como parte de las exigencias curriculares de la Licenciatura de Trabajo Social en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Se presenta como Monografía final de aprobación de dicha licenciatura y fue escrito mayoritariamente en el correr del año 2006.

El mismo tiene por objetivo explorar desde la perspectiva de las Ciencias Sociales, el conflicto que se instala en el medio urbano en el contexto histórico de la crisis de la sociedad salarial y ascenso de un nuevo régimen de marginalidad.¹

Entiendo el conflicto social en el espacio urbano como un proceso que afecta, deteriorándolas, a las relaciones sociales entre quienes habitan en una misma ciudad. A un nivel más evidente esto tiene que ver con un preocupante crecimiento de la violencia social y la extensión de una sensación de inseguridad entre los habitantes de la ciudad.

Desde una perspectiva sociológica esta situación da cuenta de una fisura en el lazo social, es decir, la instalación de un problema de cohesión social.

Voy a proponer enfocar esto en el marco de las transformaciones de la sociedad post-industrial con un fuerte impacto en el mundo del trabajo, en la estructura de protección social y en general en las instituciones encargadas tradicionalmente de sustentar la integración social.

En este marco procuro visualizar un proceso clave para la aparición del conflicto como es la consolidación de grupos con identidades, normas y valores diversos que no logran articularse como colectivo. Estos además adquieren un anclaje territorial en la ciudad lo que da cuenta de niveles importantes de segregación en el espacio urbano los cuales favorecen la aparición de una estructura urbano-espacial fragmentada.

Será central entonces ésta dimensión, con una mirada puesta en la conformación social de los barrios y la articulación de los conflictos tanto a nivel intra-barrial como en el contexto general de la ciudad.

El enfoque que daré a esta cuestión va a privilegiar la observación de los procesos de desigualdad y exclusión social intentando reconocer las novedades de estas viejas realidades en el marco

¹ Estos conceptos son tomados de Castel (1997) en cuanto a la crisis de la sociedad salarial y de Loic Waqquant (2001) en el ascenso de un nuevo tipo de marginalidad en el fin de siglo.

histórico del siglo XXI. A su vez haré foco en sus expresiones urbanas tanto en el mundo occidental desarrollado como en nuestra región.

Es justamente allí, en las ciudades, donde entiendo se está procesando un deterioro importante en el tono de las interacciones sociales en el espacio público. Voy a mostrar como en este contexto se registra un aumento en la violencia social y un consecuente sentimiento de miedo e inseguridad que instala una crisis en la convivencia urbana.

Voy a proponer la idea de que la consolidación de una fragmentación o dualización de la ciudad en espacios segmentados es un proceso que está en la base de este tipo de conflicto. Para esto emplearé el concepto de segregación residencial² e indagaré especialmente en sus consecuencias desintegradoras.

Entre estas me interesará resaltar la existencia de enclaves de pobreza estructural donde se conforma una "cultura de la calle" (Saraví, 2005) encarnada por aquellos individuos excluidos tanto del mundo del trabajo como de las instituciones educativas. Ésta reposa en valores opuestos a los hegemónicos de la sociedad lo cual es un elemento central para comprender el conflicto urbano y la agudización del proceso de exclusión.

Será importante tener en cuenta la contrapartida a esto que es el encerramiento de las clases altas y el retraimiento de las clases media de ciertos espacios y servicios, así como las tendencias a la expansión de la seguridad privada, la compra de armas por particulares y el creciente "enrejamiento" de la ciudad.

En definitiva mi intención es problematizar los procesos que atentan contra la construcción de una ciudad integradora y que están poniendo en riesgo la convivencia social en las grandes ciudades del mundo y especialmente en Montevideo.

Para ello voy a realizar un recorrido que permita a la vez que ubicar el tema en un nivel general, habilitar el análisis de la problemática a nivel local. Para ello decidí dedicar parte del trabajo al análisis del conflicto social urbano en la zona de Colón en el departamento de Montevideo.

La intención es que el caso concreto ilumine la exploración de las tendencias generales y que pueda confirmar, descartar o agregar matices a lo estudiado a nivel bibliográfico.

Personalmente he desarrollado en dicha zona desde el 2003, una actividad pre - profesional vinculada al ejercicio del Trabajo Social desde dos ámbitos institucionales, el Centro Comunal Zonal 12 perteneciente a la Intendencia Municipal de Montevideo (año 2003) y el proyecto

² ver Katzman (2001 y 2003)

Repique (de atención a niños, niñas y adolescentes en situación de calle) perteneciente al Instituto El Abrojo (del 2004 al 2006). Esta trayectoria me ha permitido mantener un vínculo casi cotidiano a lo largo de 3 años con esta zona y especialmente con sus habitantes.

En función de lo señalado el trabajo se organiza en 4 capítulos. En el primero abordo la discusión acerca de lo que Wacquant llama el *nuevo régimen de marginalidad* el cual me permite explorar las nuevas formas de desigualdad en el medio urbano en el período actual. A esto agregué una observación de este fenómeno en el contexto regional de Latino América.

En el segundo capítulo abordo lo que Kaztman ha llamado la dimensión espacial de la pobreza procurando iluminar los procesos de segmentación social y segregación residencial que caracterizan a las grandes ciudades de la región y el área metropolitana en Uruguay. A esto añado la dimensión cultural que cobra la exclusión en las áreas o enclaves de pobreza estructural.

El capítulo 3 está destinado al análisis del caso uruguayo en cuanto al conflicto social urbano, estudiado a partir de la violencia social y la transformación de los patrones de convivencia. Reservo aquí un espacio para el estudio de esta problemática en la zona de Colón en el norte de Montevideo.

El capítulo 4 ofrece un resumen y las conclusiones finales del trabajo.

capítulo 1

conflicto social urbano y las nuevas formas de marginalidad

1. introducción

Quisiera partir de la afirmación de que la situación que describimos de conflictividad social presente actualmente en el espacio urbano hunde sus raíces en un proceso histórico más amplio. Este tiene como característica la consolidación de *nuevas formas de desigualdad y marginalidad*, (Wacquant, 2001) propias del presente contexto socio-histórico caracterizado como sociedad post-industrial o modernidad avanzada.

Esta mirada sugiere que en las últimas décadas se consolida en las sociedades occidentales una fractura en la integración. La misma se da a partir de la crisis de la sociedad industrial en donde la amplitud del empleo protegido y los sistemas de bienestar garantizaban un marco de seguridad que operaba como base de sustento de importantes niveles de cohesión social.

El crecimiento acelerado de un nuevo tipo de pobreza cuyo ámbito y origen es la ciudad, parece consolidarse en el largo plazo cobrando estabilidad y permanencia desde el punto de vista que ha quedado desconectada de las tendencias macroeconómicas. Es decir, no como una situación atada a los vaivenes recesivos y expansivos de los ciclos de la economía capitalista sino que permanece y se expande aún frente al crecimiento económico.

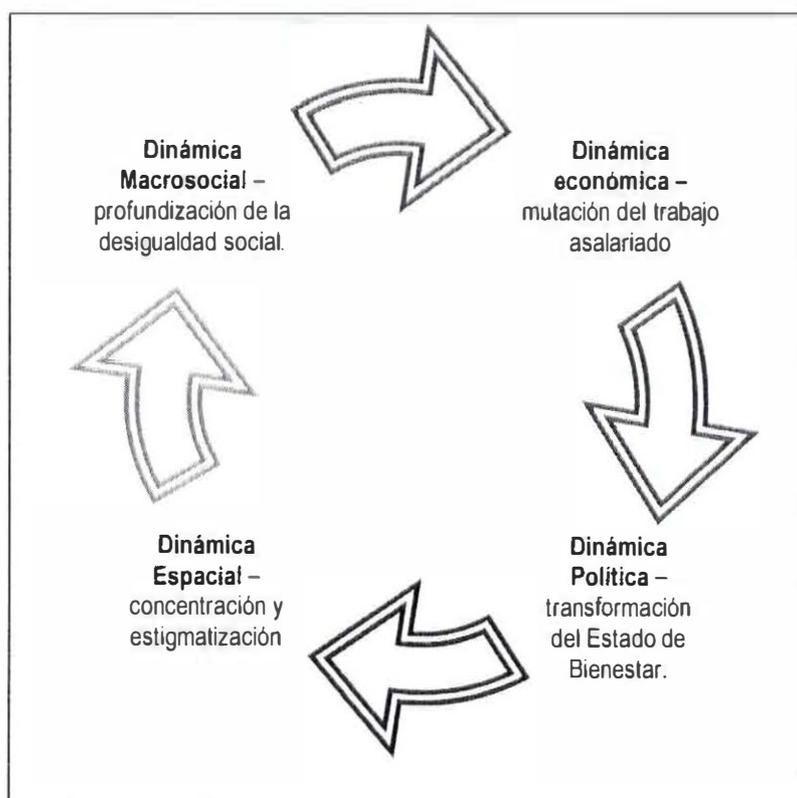
En este proceso tienen un papel clave las transformaciones en el mundo del trabajo y puntualmente la llamada crisis del salariado. La misma se opera en el marco de un cambio a nivel global que parte del abandono del modelo fordista respaldado por un Estado con políticas keynesianas. Los resultados de este proceso han sido en todo el mundo occidental, pero particularmente en Latinoamérica, la exclusión de amplios sectores del trabajo asalariado y protegido, el crecimiento del sector informal de la economía y el desempleo abierto.

Veremos como esta situación no solo ha tenido un impacto económico en cuanto al crecimiento de la pobreza sino también en la pérdida por parte de los expulsados del trabajo remunerado de aquel particular lugar en la sociedad. Ese que los vinculaba a toda una serie de protecciones e instituciones y que además les ligaba a una particular inscripción social centrada en el mundo del trabajo (Merklen 2005.)

El presente capítulo se divide en una primera sección que estudia las nuevas formas de marginalidad urbana que se consolidan a nivel mundial (al menos en el occidente capitalista) en el último tramo del siglo XX y que han colocado la preocupación acerca de las fracturas de la cohesión social, intentando centrar la mirada en procesos de largo plazo y de carácter general.

Resulta esclarecedor a estos fines echar mano a la distinción de 4 lógicas que propone el sociólogo francés Loïc Wacquant. Si bien ese autor ha estudiado el fenómeno que nos interesa en el contexto de países del primer mundo (Estados Unidos y Francia) aporta sin duda desde el punto de vista conceptual a la comprensión de la realidad latinoamericana y específicamente uruguaya.

En un segundo apartado se propone observar, en la misma clave teórica, el continente latinoamericano. Su proceso histórico particular invita a la lectura de algunos de los varios autores de la región que han estudiado los procesos de marginalidad, exclusión y conflicto urbano, permitiendo de esa forma acercarnos al contexto de nuestro país que es en definitiva nuestro interés central.



2. nuevo régimen de marginalidad urbana

En las últimas décadas del siglo XX, en el contexto de las sociedades capitalistas occidentales, emerge una *nueva forma de marginalidad urbana* (Wacquant, 2001: 165) asociada a la crisis de un modelo económico social basado en la producción industrial, el consumo masivo y el contrato social keynesiano tutelado por lo que se llamó Estado de Bienestar.

En ese contexto la pobreza económica no aparece como una situación residual, cíclica, controlable, sino que ha cobrado un carácter permanente, estructural, parcialmente desconectada de los vaivenes del mercado. La mayoría de quienes la padecen han sido relegados en sus ciudades a vivir en barrios de mala fama en donde se profundiza la brecha que los separa del resto de la sociedad, situación ésta que es fundamental para la comprensión del conflicto urbano.

La presencia clara y visible cotidianamente en el espacio público de diferentes *signos reveladores* de esta realidad instalada no supone que la comprensión de sus propiedades estructurales sea fácilmente accesible. La idea de recurrir esquemáticamente a cuatro lógicas posibilita ordenar las ideas cuando pensamos en un fenómeno complejo y multicausado como este.

El análisis de la dinámica macrosocial de este proceso indica que la nueva marginalidad lejos de tener un carácter de coyuntura o desajuste es resultante de la creciente desigualdad social en el contexto de un avance y una prosperidad económica mundial posibilitada por una nueva fase de expansión capitalista basada en las tecnologías de la información.

Se trata de una transformación en la base material de la sociedad, operada en las últimas décadas del siglo XX, que es el elemento clave para la consolidación del fenómeno de la mundialización, expresada fundamentalmente en un sistema de interdependencia de los mercados (tanto de bienes y de servicios como de capitales).

Este es un proceso que va mucho más allá de la dimensión estrictamente económica llevando según Manuel Castells "al surgimiento de una nueva estructura social, manifestada bajo distintas formas, según la diversidad de culturas e instituciones de todo el planeta." (Castells, 1997: 40) Con lo cual quiere decir que la transformación abarca las relaciones sociales de producción y el papel de las principales instituciones sociales (principalmente del Estado).

Este proceso tiene al menos dos niveles: uno a nivel de las relaciones globales o internacionales e interzonas y otro a nivel interno de cada sociedad.

A nivel global el proceso de mundialización del capitalismo se ha desarrollado en base a una articulación desigual en donde los países y las zonas geográficas entran en relaciones de subordinación donde se mantiene la existencia de economías centrales y dependientes. Es decir que persiste, pero de forma agravada, una estructura de poder desigual a nivel del sistema mundo en donde una minoría de países concentran los mayores niveles de riqueza, poder político y militar así como de los mecanismos de innovación y generación de conocimiento científico; mientras que la mayor parte de los países tienen una inclusión mundial dependiente ya que están atados a flujos de capitales, información y conocimiento que no controlan pero que necesitan para mantener un nivel básico de inclusión en el sistema.

Los procesos desatados por esta nueva fase capitalista han hecho posible la existencia combinada de un notable nivel de expansión de la producción basada en el conocimiento al mismo tiempo que la consolidación de inéditos niveles de desigualdad en el acceso a los beneficios del desarrollo. Surgen con fuerza zonas que como "agujeros negros" permanecen desconectadas de los segmentos dinámicos de la economía y la cultura y que crecientemente se ven enfrentados al riesgo de la exclusión absoluta del sistema. (Castells, 1997)

En un nivel de análisis interno de la sociedad se aprecia en general que la opulencia de una porción minoritaria de la población florece junto a la indigencia de una masa marginal creciente. Por una parte un conjunto de agentes económicos centrales que acumulan cada vez más riqueza y mayor control de las redes económicas coexiste junto a una masa cada vez más extendida de personas que se hunden en el desempleo y la pobreza estructural. (Wacquant, 2001).

Estos dos fenómenos en apariencia contradictorios en realidad están vinculados; las nuevas formas de búsqueda de la productividad y la rentabilidad en la "alta tecnología" propias de la globalización han degradado la industria manufacturera y causado una mutación en el modo de acumulación capitalista predominante en el siglo XX. El desarrollo del nuevo modelo favoreció los sectores de la alta tecnología, los servicios empresariales y el sistema financiero los cuales demandan la participación de trabajadores con altos niveles de especialización y como consecuencia segmentan la fuerza de trabajo, ya que excluyen la participación de las personas con baja cualificación polarizando el acceso al empleo duradero.

Es una transformación que en el fondo tiene que ver con la multiplicación de puestos altamente calificados para personal técnico y profesional y en la descalificación lisa y llana de millones de empleos. La producción y el crecimiento sin empleos en muchos sectores económicos son ya una

realidad. Las alzas en el ingreso (PBI) y la ocupación tienen pocos efectos benéficos sobre la calidad de vida de un gran porcentaje de la población que ha quedado relegada de los beneficios de este modelo. Por el contrario ese proceso de crecimiento “genera inevitablemente más dislocación urbana y depresión entre quienes han sido empujados hacia el fondo del orden urbano emergente.” (Wacquant, 2001: 173).

Lo que se define como *dinámica económica* hace referencia a que el proceso de surgimiento de un nuevo modo de marginalidad está vinculado a transformaciones en la esfera del *trabajo*. Esta dimensión que tuvo como elemento integrador en las sociedades occidentales durante el siglo XX sufre actualmente una doble transformación: por una parte eliminación de miles de puestos de trabajo debida a la automatización y a las condiciones competitivas del mercado internacional y por la otra la degradación de las condiciones de contratación y remuneración visibles en el aumento de los niveles de subcontratación, empleo en negro y precariedad.

Como resultado de esto una “fracción significativa de la vieja clase obrera se ha convertido en superflua y constituye una población excedente absoluta” (Wacquant, 2001: 174). que, bajo las actuales condiciones, probablemente nunca vuelva a encontrar trabajo estable.

El nuevo régimen de pobreza está fuertemente marcado por un proceso de *desocialización del trabajo* (Wacquant, 2001), que es la destrucción del contrato de trabajo típico, característico del período fordista de las décadas doradas luego de la segunda guerra mundial. Esto suponía que la estabilidad social se cimentaba en el trabajo asalariado; la relación salarial estaba en la base del contrato social ya que consolidaba la solidaridad, la seguridad, la afiliación social. El trabajador poseía un status social que le daba un marco de certidumbre, un estándar de bienestar/calidad de vida, cierto nivel de participación política y representación a través de los sindicatos y una serie de protecciones contra los riesgos asociados a su condición.

Ese proceso de modernización de las relaciones laborales fue respaldado por la constitución de un Estado que a la vez que contribuía activamente al crecimiento de las economías nacionales desarrolló un importante papel social en cuanto a la disminución de las consecuencias negativas de la economía cíclica, compensando la distribución del ingreso durante los períodos de recesión y organizando las protecciones sociales frente a los riesgos vinculados a la condición de dependencia del trabajador.

A partir de la década del setenta, en el marco de una crisis mundial del capitalismo, esta forma estandarizada de trabajo asalariado comienza a desgastarse. Como consecuencia de este proceso de transformación profunda de la economía capitalista a nivel mundial rápidamente se erosionan las seguridades y protecciones que ofrecía el trabajo asalariado. Los trabajadores no saben hasta cuando mantendrán sus empleos, que tipo de jornadas deberán realizar, que salarios percibirán, que régimen de protección contra riesgos tendrán ni que seguridad pueden esperar al momento de su retiro.

La relación salarial sufre una mutación en donde pierde su capacidad de protección contra la amenaza de la pobreza; la desregulación y la flexibilización han perjudicado la base sobre la cual se sostenía el importante nivel de solidaridad e integración social que caracterizaba al modelo fordista.

El resultado es de menos y peor empleo para los trabajadores semi-calificados y la conclusión de este proceso es la consolidación de una estructura de ocupación dualizada o polarizada, en donde grandes segmentos de la clase trabajadora son desproletarizados permanentemente, excluidos de la tarea remunerada, mientras que otros son incorporados al trabajo asalariado de manera esporádica y marginal, lo que solamente les permite sobrevivir, pero no estabilizar o mejorar su posición. Esta combinación de procesos de descomposición de la estructura salarial y de retirada del Estado de la regulación de las relaciones sociales ha tenido en todo el mundo efectos sociales catastróficos.

El autor Robert Castel (1997) coincide en buscar en relación con el mundo del trabajo las causas de un proceso, que si bien él no denomina como de nueva marginalidad, aparece vinculado con la problemática de la integración y el creciente riesgo de fractura. Plantea esto en términos de la *cuestión social*, o sea, "la inquietud acerca de la capacidad para mantener la cohesión de una sociedad." (p. 29)

En un proceso histórico que él define como de metamorfosis actualmente asistimos a la configuración de una nueva cuestión social planteada a partir del derrumbe de la condición salarial. Señala que en los últimos veinte o treinta años la centralidad del trabajo ha sido golpeada, justo en el momento que se había consolidado como el principal soporte de inscripción social. Es un momento incierto de transición hacia una inevitable reestructuración de las relaciones de producción.

El trabajo aparece en su dimensión social, como soporte privilegiado para la inscripción en la estructura y como generador de identidad. Destaca la importancia que alcanzó la participación en una actividad productiva en términos de acceso a redes de sociabilidad y sistemas de protección.

En la segunda mitad del siglo XX la sociedad salarial alcanzó su apogeo atando a la situación de empleo un sistema de protección contra diferentes riesgos basado en el desarrollo de los derechos del trabajador. En esta sociedad el trabajo alcanzó el estatus de gran estructurador de las demás protecciones y beneficios sociales.

La idea de un progreso ilimitado en el marco del crecimiento económico y el pleno empleo se vio alentada por el hecho de que se logró absorber el déficit de integración que caracterizó las primeras etapas del desarrollo industrial. A la vez que promovía el enriquecimiento colectivo promovía un reparto aceptable de los beneficios, oportunidades y garantías.

Actualmente esa relación se ha roto; el aumento del desempleo y la inadecuación de los sistemas de protección a las nuevas situaciones colocan sobre el tapete los problemas de integración social.

Castel llama la atención sobre la emergencia, a partir de la crisis de la sociedad salarial, de un nuevo tipo de precariedad "generada por procesos de pérdida de contacto con núcleos aún vigorosos de estabilidad protegida". El peligro de fractura social se ha hecho inminente a raíz de esta situación, siendo cada vez más numerosos los individuos que "pueblan los intersticios de la estructura social sin encontrar allí un lugar asignado" (Castel, 1997: 15).

En el nuevo paisaje social se redefinen el peso de diferentes *zonas* en la estructura, definidas por el vínculo de los individuos con el trabajo. En este sentido la consolidación de una *zona* de integración depende de la asociación de trabajo estable e inserción relacional sólida.

Por el contrario la ausencia de participación en la actividad productiva configura una situación de *desafiliación*. Concepto que es propuesto por el autor como más adecuado que el de exclusión, ya que permite captar una trayectoria o proceso más que una situación estática ("un recorrido más que una ruptura").

Entre estas dos situaciones se define una zona de *vulnerabilidad*, como un lugar intermedio caracterizado por la inestabilidad y que conjuga "la precariedad laboral y la fragilidad de los soportes de proximidad" (p. 15).

Actualmente se registra una expansión de la zona de vulnerabilidad en detrimento de la masa integrada. Se trata de personas que transitan hacia una situación cada vez más inestable en donde se desdibujan las seguridades y se pierden progresivamente las protecciones que aportaba un vínculo sólido con la estructura productiva. Este tipo de "equilibrio" donde la vulnerabilidad se expande pone en riesgo la cohesión del todo ya que progresivamente se fragilizan las situaciones logradas.

En un nivel aún más problemático el estatuto de supernumerario o "inútil para el mundo" se expande a miles de individuos de baja calificación que pasan a tener un vínculo sumamente precario con el proceso de producción. Se trata de la expulsión de los intercambios sociales, una situación en donde ni siquiera se alcanza la condición de "explotado".

De esta manera integrados, vulnerables y desafiliados pertenecen "a un mismo conjunto aunque de unidad problemática" lo cual ambienta la expansión del conflicto social. El derrumbe de la condición salarial hace más complejas las vías de inscripción social y de sostén identitario. Además de una creciente desigualdad en términos de ingresos y oportunidades, se erosiona el eje transversal que articulaba la diversidad en la sociedad. De esta manera aumenta la posibilidad de consolidación de universos socio-culturales distantes, no articulados.

La cuestión social en la actualidad posee tres puntos sobresalientes. En primer lugar la *desestabilización de los estables*, que supone la erosión de "los cimientos que daban seguridad a la condición de la clase obrera y de la pequeña clase media" (p. 416) En segundo término resalta la *instalación en la precariedad* de quienes siguen trayectorias erráticas basadas en una alternancia indefinida entre situaciones de empleo precario, pasantías junto a momentos de desempleo. Es una realidad que golpea fuertemente a los jóvenes que viven en una estrategia de vivir al día, sin posibilidad de una proyección a mediano plazo.

Por último esta cuestión social es definida por el *déficit de lugares* en la estructura social, entendiendo "lugar" como una posición de utilidad social y reconocimiento público. Tiene que ver con la expansión de un sector de supernumerarios que "flotan en una especie de tierra de nadie social". En principio padecen una descalificación que alcanza el plano político, no se reconocen como actores. El problema del desempleo es asumido como tal pero quienes lo sufren no constituyen un colectivo con capacidad de acción sino que se encuentran entre la resignación y la rabia expresada a través de distintas formas de violencia.

Dinámica política. Importa en el estudio de las nuevas formas de marginación atender las transformaciones que se han procesado en los Estados entendidos como un actor institucional central que contribuye a determinar que personas quedan relegadas, cómo, dónde y durante que tiempo. Los mismos funcionan como grandes motores de estratificación en general y particularmente en lo que respecta al orden socio-espacial pero también en la regulación del mercado de trabajo, en las políticas educativas, en el régimen de seguridad social, en la cobertura de los bienes básicos y en los ordenamientos familiares entre otros.

En este sentido Wacquant señala que “el achicamiento y la desarticulación del Estado de Bienestar son dos de las grandes causas del deterioro y la indigencia sociales”. La tendencia mundial es un progresivo recorte en la cobertura de los planes de seguridad social tanto desde un punto de vista cuantitativo como cualitativo, los programas dirigidos a los pobres han tomado cada vez más una impronta de control social más que de construcción de ciudadanía.

Por otra parte se registra, con variaciones entre países, una creciente privatización de la política social que marca un avance de la lógica mercantil sobre la lógica estatal en un marco de decisiones de corte neo-liberal (especialmente durante la década del noventa), cuyo objetivo fue el de contener el gasto público tras el objetivo primordial que se trazó en cuanto estabilidad macroeconómica.

En muchos contextos sociales está quedando de manifiesto la incapacidad de las instituciones políticas centrales para poner freno a las cada vez mayores dislocaciones sociales resultantes de la estructuración capitalista global. Sin embargo, autores como Wacquant (2001) abogan por el papel que los Estados pueden jugar también en este contexto en cuanto a la disminución o eliminación de la indigencia extrema y en la protección de la infancia, entre otras áreas claves del desarrollo social. Para esta posición cuando se preocupan realmente por hacerlo los estados marcan efectivamente una diferencia y por esto deberían seguir en el centro de la discusión como instituciones tanto reparadoras como generadoras de bienestar.

Otra arista de este proceso de cambio en el patrón de marginalidad urbana tiene que ver con la dinámica espacial que puede ser calificada a grandes rasgos como concentradora y favorecedora de la estigmatización.

La nueva marginalidad tiende a aglomerarse, como resultado de un proceso multicausal, en zonas “irreductibles”, que son claramente identificadas por gran parte de la sociedad como “pozos urbanos repletos de deprivación, inmoralidad y violencia” y donde “solo los parias de la sociedad tolerarían vivir”.

Allí se acumulan las familias sobre quienes más han impactado los cambios descritos en la sociedad y la economía, especialmente en la drástica disminución de puestos de trabajo y la transformación en los programas estatales de desarrollo social y la asistencia social.

Por la importancia que tiene la dinámica espacial de los procesos de marginación social he tomado la decisión de no avanzar más aquí y dedicarle el próximo capítulo. Antes de esto quiero repasar los procesos de surgimiento de una nueva marginalidad urbana desde una perspectiva latinoamericana.

3. nueva y vieja marginalidad desde una perspectiva latinoamericana

Hasta aquí enfoqué el proceso de transformaciones socio-económicas que ambientaron el surgimiento de una nueva forma de marginalidad urbana desde una perspectiva global o mundial basada en los planteos de autores europeos.

Creo que es central para la comprensión del fenómeno aportar una perspectiva de alcance regional en cuanto al comportamiento de la pobreza y la desigualdad en nuestro continente y específicamente en el Uruguay. De esta manera se podrá visualizar como aquellas tendencias y dinámicas se han expresado concretamente en un entorno más próximo.

Pobreza generalizada y profunda desigualdad social son realidades presentes en América Latina desde la constitución de los Estados nacionales y aún antes en el período colonial. Sin embargo aún con el desarrollo de la economía moderna, el capitalismo globalizado y los Estados de bienestar, el continente no pudo mejorar su rendimiento en estos temas y ha visto agravarse cada vez estos problemas. Conviene entonces repasar por un momento la historia de los modelos de desarrollo predominantes en el continente.

El uruguayo Carlos Filgueira (1998) señala que luego de una tardía modernización de los Estados operada en las primeras décadas del siglo XX, durante los años 30 y 40, comenzó en América Latina un proceso acelerado de industrialización y modernización de la economía. En el contexto del modelo de producción fordista y el nacimiento de las políticas keynesianas el

continente adoptó un modelo de desarrollo orientado al mercado interno que “asignaba un papel central al Estado como regulador y proveedor de bienes, servicios y empleo” (p. 147).

Este modelo alcanzó su auge luego de la Segunda Guerra Mundial produciendo una dinámica de crecimiento de las economías basada en una industria protegida y la explotación de los amplios recursos naturales con que se contaba.

Las consecuencias de este proceso tuvieron básicamente que ver con el aumento de la producción, el incremento de los niveles de consumo interno y la expansión del sector asalariado urbano en condiciones de formalidad y protección.

Las relaciones de trabajo tuvieron en los sectores urbanos un proceso de modernización basado en la negociación y los contratos colectivos que favorecieron a la clase trabajadora en el contexto de la existencia de un marco jurídico de carácter universal que “protegía a los trabajadores de las fluctuaciones del ciclo económico como de los cambios en el propio régimen de acumulación” (Lozano, 1999)

El Estado que tuvo un papel activo en la economía y las relaciones laborales, desarrolló a su vez una política de bienestar orientada a garantizar la seguridad de los miembros de la sociedad transfiriendo recursos, bienes y servicios. Por lo tanto basado en esa acción se logró alcanzar en algunas sub-regiones del continente (especialmente en el Cono Sur) una expansión importante de la ciudadanía social. (Filgueira, 1998) Se reconoció la necesidad de generar un marco institucional y una acción positiva por parte del Estado que protegiera a ciertas categorías de población considerada “en riesgo” frente a la amenaza de la pobreza.

A pesar de esto en el caso latinoamericano las protecciones sociales modernas, en ningún caso tuvieron el alcance casi universal o universal que adquirieron en los países de Europa occidental, sino que coexistieron con sectores sumidos en el atraso y en formas contractuales pre-modernas (sobre todo en el medio rural) y con una masa marginal que nunca gozó de los beneficios del desarrollo. Como señala Merklen (2005: 106) “el continente no tuvo sus *trente glorieuses*, y obviamente la cobertura real de los sistemas [de protección social] alcanzó niveles muy variados”³, cuestionando en general la universalidad de los derechos.

De todas maneras reconocer el alcance limitado no implica desconocer la larga tradición latinoamericana en el desarrollo de sistemas de protección y normas de regulación del trabajo,

³ Hace referencia a los treinta años gloriosos que vivieron las economías europeas de la posguerra.

historia en la cual Uruguay tiene un papel destacado ya que desarrolló las primeras leyes a este respecto de forma excepcionalmente temprana con los gobiernos de José Batlle y Ordoñez a partir de 1903. El conjunto de medidas orientadas a lograr niveles universales de integración y bienestar a partir de la intervención estatal en la economía hizo del Uruguay una democracia social única en el continente, modelo al que se acercarían más tarde los regímenes socialdemócratas de Escandinavia, Alemania y Austria.

En este contexto moderno y protegido, principalmente urbano (y que en Uruguay alcanzó un nivel de cobertura similar al europeo) la pobreza estaba vinculada fuertemente a la falta de trabajo, a las fluctuaciones de la economía y a una serie de riesgos que podían ser controlados mediante un Estado activo en políticas de seguridad social y con la expansión de la esfera de trabajo a través del crecimiento industrial.

Ese Estado de Bienestar uruguayo que tanto resaltó en el contexto regional tuvo algunas características o ejes que lo identifican. En primer lugar se trataba de un sistema de protección social de carácter universalista, basado en la definición de políticas sociales de formulación y alcance genérico. (F. Filgueira, 1994). El mismo sin embargo pasó para su aplicación por el filtro del clientelismo que estructuró las relaciones de poder entre los partidos y la sociedad civil. Si bien fue un sistema de claro corte estatista “el Estado nunca llegó a adquirir una autonomía de los partidos políticos.” (F. Filgueira, 1994: 14), no llegó a consolidarse un aparato burocrático independiente y profesional, sino que las políticas sociales fueron un instrumento de los partidos como forma de legitimación, de competencia electoral y de mediación con la sociedad.

Ese universalismo tuvo otra limitación vinculada al logro de parte de diversos grupos de interés de una atención prioritaria. Si bien no se consolidó un sistema corporativista (como el brasileño o el argentino) algunos sectores se favorecieron más que otros en la aplicación de las políticas, las cuales ampararon fuertemente a los funcionarios públicos y a los trabajadores industriales. (F. Filgueira, 1994: 13)

Fue un Estado social que no tardó en mostrar signos de debilidad en principio para luego sumergirse en una profunda crisis. En primer lugar porque se construyó y expandió sobre una base económica poco sólida, sustentada por una producción primaria (fundamentalmente ganadera) y una endeble industria muy dependiente de la coyuntura internacional y las políticas de protección aduanera.

Además padeció la realidad de una estructura demográfica que procesó tempranamente un cambio de pautas reproductivas, lo cual determinó el envejecimiento progresivo de la población y, como consecuencia, un crecimiento del sector pasivo de la economía que aumentaba su carga sobre un relativamente menor sector activo.

En el transcurso de la década del 70 y los primeros años de la del 80 tanto Uruguay como el resto de América Latina procesaron una crisis que supuso el agotamiento del modelo desarrollista de sustitución de importaciones. Esto significó el comienzo de una serie de reformas estructurales que tuvieron por objetivo la implantación de un nuevo modelo de acumulación capitalista. Los cambios económicos se dieron además en un contexto político de represión y autoritarismo encarnado en las salvajes dictaduras militares que nos gobernaron por aquellas épocas.

La clave del nuevo modelo de desarrollo y acumulación fue la desregulación de los mercados, el aliento a la inversión privada y la retracción de la acción estatal expresada en una importante disminución del gasto público. Se trató en general de restablecer el crecimiento y el dinamismo de la economía con recetas de corte neo-liberal.

Si bien son discutibles los logros desde el punto de vista económico de esta apuesta política lo que no deja ninguna duda es que ha significado un altísimo costo social para el continente que vio agravarse los niveles de pobreza y desigualdad, sumando a las viejas situaciones de vulnerabilidad un enorme contingente de nuevos pobres.

De todas maneras si bien ese es el balance general conviene distinguir períodos. La década del ochenta, llamada la "década perdida", implicó una caída promedial del 15% en el ingreso nacional per cápita sumado a un empeoramiento en la distribución. A su vez la subutilización de la fuerza de trabajo urbana creció a un ritmo del 5% anual marcando un crecimiento del desempleo en ese ámbito que se ubicó en cifras cercanas al 10 % según países (9,3% para Uruguay en 1990). (Altimir, 1998)

En cuanto a los niveles de pobreza la crisis del 80 determinó en general aumentos de las tasas en cada país llegando a 39% de los hogares del continente hacia 1990. Se había partido de un 25% en 1980. (Altimir, 1998: 40)

En el primer lustro de la década del noventa merced a un contexto mundial favorable el nuevo modelo económico alcanzó ciertos rendimientos en materia de crecimiento, empleo e igualdad que

sirvieron para mejorar alguno de los niveles heredados de la crisis al menos hasta el año 1998 en donde se vuelve a un período recesivo a nivel de crecimiento y regresivo a nivel social.

América Latina llega al nuevo milenio con graves problemas en términos de pobreza y desigualdad y con una crisis en cuanto al modelo de desarrollo. La gran apuesta de los años 80 y 90 a la estabilización macro-económica y la iniciativa privada había fracasado.

La herencia de esta experiencia es una franca expansión de la franja de vulnerabilidad debida a factores demográficos (como la alta tasa de natalidad en estos sectores) sumado a los cambios en la estructura del empleo con un aumento de las tasas de desempleo y una expansión importante del sector informal.

Las políticas neo-liberales provocaron una desprotección de las economías nacionales frente a los vaivenes del mercado mundial, especialmente de la fluctuación de los precios de los productos primarios y semi elaborados que son los que primordialmente exporta América Latina. Esto se ha tornado evidente en el período que va desde 1997 hasta 2003 donde la región se sumió en un profundo estancamiento con un decrecimiento importante del PBI.

En este período la tasa de desempleo para América Latina tuvo un crecimiento sostenido evolucionando desde un 7,9 % en 1997 hasta un 11,1 % en el 2003. Esto tuvo una gravedad especial en el cono sur en donde en 2003 Uruguay alcanzó el 16,9 % y Argentina el 17,3 %. (OIT; 2004: 91)

Por otra parte, se observa un aumento en la informalidad⁴ en la composición del empleo urbano, que afecta, con datos al año 2003, al 46.7% de la población ocupada de América Latina (llegando en el caso de las mujeres al 50,1 %). El cual se ve acompañado por un decrecimiento del peso del sector en condiciones formales de empleo que parte de un 57,2% en 1990 para alcanzar un 53,3% en 2003. (OIT; 2004: 97)

Se corrobora además otra tendencia negativa como es la disminución de la cobertura de la seguridad social. "Aproximadamente 5 de cada 10 nuevos asalariados tienen acceso a los

⁴ Para la OIT "Existen varias definiciones de informalidad económica, según el grado de amplitud que se le da al término, hasta incluir a diversas formas del trabajo atípico o flexible en situaciones precarias. Tradicionalmente, la OIT Regional y ACTRAV se han centrado en el enfoque de la sobrevivencia, que identifica las actividades económicas realizadas para el mercado con características de baja productividad, en el sentido de que tienen escasa o nula capacidad de acumulación y derivan en bajos ingresos. Así definida, la situación de informalidad se vincula con el escaso uso de tecnología avanzada, la simpleza de la organización productiva, y la utilización de mano de obra no calificada." (Glosario OIT: www.oit.org)

servicios de seguridad social y únicamente 2 de cada 10 nuevos asalariados en el sector informal cuentan con esa cobertura en 2003.” (OIT; 2004: 14)

A contrario de lo que se esperaba el modelo fue incapaz de crear fuentes de trabajo de calidad lo que combinado con el efecto de la globalización en cuanto a la inestabilidad y la pérdida de seguridades ha erosionado “las identidades sociales y culturales formadas sobre la base del empleo” y ha “debilitado las oportunidades de acción colectiva”. (Filgueira, 1998: 162)

La pobreza en este período aumentó alarmantemente su volumen ya que en el 2001 según países “en quince casos, más del 25 por ciento de la población vive bajo la línea de pobreza, y en siete, la proporción de pobres supera el 50 por ciento.” (PNUD, 2001) En el 2004 la CEPAL (2005) señala la existencia de un 41,7% de población pobre en Latinoamérica dentro de los cuales hay un 17,4% de indigentes.

En contra de lo que se había pensado desde algunos sectores dirigentes el crecimiento económico no permitió el “goteo” que contribuiría a reducir la pobreza sino que redundó en una mayor concentración de la riqueza merced al viejo tema de la desigualdad latinoamericana en la distribución del ingreso. Sin embargo las recesiones si tuvieron un rápido efecto golpeando principalmente a los sectores pobres.

Por otra parte la pobreza se transformó cualitativamente: en este período paso a ser un fenómeno predominantemente urbano, pasando de un 37% de incidencia de la pobreza urbana en 1970 al 55% en 1986 tendencia que se ha mantenido hasta hoy. Esto ha puesto de relevancia problemas nuevos que plantean serios desafíos a la integración de la sociedad ya que en las ciudades los pobres “quedan considerablemente más expuestos a los efectos de la demostración que en situaciones de pobreza rural [generándose así] tensiones derivadas de un mundo que adopta fuertes valores de logro, consumismo y movilidad social...” (Filgueira, 1998: 164) La problemática del conflicto social urbano tiene aquí un dato central para ser tenido en cuenta en su comprensión.

La pobreza se ha hecho más heterogénea desde el punto de vista socio-cultural ya que además del sector de pobres estructurales se han convertido en pobres grupos sociales que en otro contexto habían logrado un cierto grado de integración social, ocupacional y educativa.

Por último resulta pertinente pensar en la evolución del Estado y las políticas sociales en este contexto de transformaciones de la estructura social post aplicación de reformas estructurales en América Latina.

Al respecto de nuestra región Denis Merklen (2005) ha centrado su atención sobre el proceso de evolución política de Uruguay y Argentina desde la restauración democrática. En este sentido el autor identifica una reorientación de la intervención social a través de una enérgica acción estatal incorporando nuevos actores al terreno de las políticas sociales y modificando los marcos conceptuales a partir de los cuales se interpretaron los cambios de la sociedad. En el proceso mutó a su vez la relación entre las clases populares y el Estado, ya que estas vivieron un proceso de transformación en sus condiciones objetivas y en la formas asociativas y de movilización (lo que Merklen denomina como *politicidad* de las clases populares).

Una transformación central para comprender el proceso tiene que ver con un cambio en los modos de definir la cuestión social que asumieron los gobiernos a través del vínculo con agencias internacionales que aportaron sus desarrollos intelectuales en el campo de las ciencias sociales como marco para las políticas públicas, las cuales a su vez estos organismos financiaron, monitorearon y evaluaron.⁵

De esta manera nuestros gobiernos se incorporaron a las “estrategias transnacionales de lucha contra la pobreza” que reorientaron la definición de la cuestión social por un nuevo paradigma que tiene como eje el corrimiento de la problemática del trabajador hacia la del pobre (Merklen, 2005:110). Es esta una operación de clasificación de los sujetos hacia los cuales se orienta la política social asignando de esta manera una identidad social a los individuos clasificados. Se denomina pobres a los que hasta entonces fueron trabajadores y se reconfigura el sistema de acción para atender la nueva problemática comprendida en esos términos.

Esto implica mucho más que una cuestión semántica, una modificación del consenso político en torno a una forma de acción en donde “más se fija nuestra mirada sobre los *pobres*, y menos se trabaja sobre los dinamismos sociales que configuran la causa del empobrecimiento” (p. 113) No hay una problematización de las relaciones de poder, pretendiendo resolver el problema sin afectar los intereses sociales de otros sectores y proponiendo un modelo en donde todos ganarían.

Por otra parte esta operación intelectual traducida a las políticas genera la uniformización de una masa de población en base al criterio economicista de las franjas de ingreso, olvidando que

⁵ Es decir: BID, Banco Mundial, PNUD, UNICEF, OIT, entre otras.

entre quienes obtienen ingresos insuficientes para la vida digna hay una enorme diversidad de tradiciones comunitarias, formas de participación política e inscripciones territoriales.

El nuevo contenido de identidad social que se propone desde el Estado a este conjunto diverso tiene que ver en primer lugar con la carencia y en segundo lugar con la condición de asistido. Es esta sin duda una identidad deteriorada, definida desde la carencia y desde un criterio tecnocrático que olvida los particularismos y las diversas trayectorias.

De esta manera definida "la pobreza" y por sí sola no puede dar lugar a la constitución de un actor colectivo, que posibilite un desarrollo de los diferentes niveles de ciudadanía perdidos durante años de dictadura, crisis de empleo y segmentación social.

Esta reorientación del papel del Estado en un contexto de políticas de ajuste de corte neo-liberal siguió evolucionando en los gobiernos de la restauración democrática por el camino del abandono de los sistemas de alcance universal centralizados en el Estado y la adopción de un modelo que dirige las acciones sobre las categorías de pobres, entendidas como sectores de población que padecían los efectos colaterales o perversos de la reforma estructural. La cuestión social aparece vinculada a desajustes de un modelo económico que no es cuestionado en sus supuestos básicos.

En el marco de estos cambios se apoya una redistribución de los papeles de los distintos actores encargados de implementar las políticas sociales. Se abrió la participación a la sociedad civil organizada en Organizaciones no Gubernamentales (ONGs), asociaciones de beneficiarios y organizaciones barriales como ejecutores e implementadores de políticas dirigidas desde el Estado pero con la utilización de fondos internacionales y de lineamientos políticos de esas agencias.

La idea fuerza que estos gobiernos liberales manejaron en la lucha contra la pobreza fue la de *modernizar el Estado*. Puntualmente en este caso en lo que tiene que ver con el diseño y la ejecución de las políticas sociales. Además del aliento a la intervención del sector privado y el tercer sector en la prestación de servicios sociales se destacan dos líneas de esta corriente modernizadora: la focalización y la descentralización. El desarrollo de éstas tendría como finalidad superar la comprobada ineficiencia estatal en la gestión del gasto social, reorientándolo con miras a lograr un impacto específico sobre las categorías más pobres.

La idea de que las políticas sociales ya no deben tener un carácter universal se asoció a la necesidad de que su implementación estuviese gestionada por instancias locales, ampliando la

participación de los municipios y las organizaciones comunitarias en lo social. La idea es detectar la población "más necesitada" y atenderla desde el propio terreno donde habitan.

A la lógica de la descentralización y la focalización se superpuso la articulación de una nueva relación política con los beneficiarios, estructurada en términos de "promoción de la participación". Se pretendió constituir a las organizaciones barriales en un nuevo interlocutor político activo en la gestión de las políticas, reconociendo y promoviendo el "capital social" de los enclaves de pobreza. Esta línea política está además basada en una lógica de proyectos que definen cursos de acción limitados en el tiempo.

En resumen; las acciones no solo son focalizadas, localizadas territorialmente, implementadas por actores locales sino también de corto plazo. De esta manera las políticas sociales construidas de esta manera no alientan "la institucionalización de dinámicas sociales capaces de estabilizar la vida cotidiana de los individuos". (Merklen, 2005: 129) Han reforzado la inestabilidad e inseguridad en que viven los sectores populares al tiempo que no han colaborado a generar niveles de autonomía reales por parte de las comunidades locales.

Por otra parte Merklen plantea una pregunta acerca de si al contribuir con la inscripción territorial de las poblaciones no se pone en juego un debilitamiento de la construcción de ciudadanía. Indica que el resultado es un estrechamiento del horizonte temporal y territorial de las movilizaciones y un acotamiento de éstas a la demanda de recursos puntuales y no a la defensa de derechos como conquistas sociales. Se alienta un comportamiento de los individuos y las organizaciones en contextos de pobreza más asociado a la "lógica del cazador", sin posibilidad de estructurar un desarrollo a mediano plazo de acuerdo a ciclos regulares.

Así definido el nuevo campo de las políticas sociales en torno a la idea de *lucha contra la pobreza* está en el origen de una nueva relación de los sectores populares con lo político.

capítulo 2

procesos de segregación territorial y conflicto urbano: la dimensión espacial de la marginación.

El objetivo del presente capítulo es lograr una aproximación a los procesos espaciales, específicamente en el medio urbano, en los cuales se expresan y refuerzan las tendencias anteriormente tratadas de surgimiento de una nueva forma de marginalidad social en el contexto actual. A su vez pretendo hacer foco sobre los conflictos sociales que se desatan en la apropiación y utilización del espacio público entre diferentes actores sociales a nivel barrial o de comunidad local, y los impactos que estas luchas tienen en términos de superación o agravamiento de la situación de segregación en la que se encuentran algunos grupos.

1. espacio físico y espacio social

Desearía comenzar con un análisis de la relación entre el espacio social y el espacio físico que de alguna manera es el telón de fondo de la discusión que abordo más adelante acerca de la segregación, la marginalidad social y los conflictos en el espacio público.

La idea, sencilla y aparentemente obvia, que está en la base del planteo que pretendo hacer aquí es que *el espacio es la expresión de la sociedad* o dicho de otra manera que "las formas y procesos espaciales están formados por las dinámicas de la estructura social general" (Castells, 1997: 444)

El espacio, así como el tiempo, no pueden comprenderse independientemente de la acción social. El espacio es un producto material que participa en relaciones sociales determinadas históricamente y que asignan al espacio una forma, una función y un significado social.

En una sociedad las diferencias sociales se proyectan en el espacio y esa distribución y organización refuerza la estructura y las distinciones sociales ya sean éstas diferencias de poder, de status, de género, raza o clase. El espacio social se retraduce en el espacio físico de manera que los agentes sociales se constituyen como tales en y por la relación con ese espacio.

Según Bourdieu (1999) el factor clave en la estructuración del espacio físico de una sociedad lo constituye la distribución del capital en sus distintas especies (fundamentalmente capital

económico y capital cultural para las sociedades modernas). El lugar de residencia que ocupa un agente es un elemento central en la posición social, en la medida que lo localiza con respecto a los otros, en una relación de cercanía o lejanía, superioridad o inferioridad, voluminosidad o pequeñez, centralidad o periferia. “Una parte de la *inercia* de las estructuras del espacio social se deriva del hecho de que están inscriptas en el espacio físico...” (Bourdieu, 1999: 120).

De esta manera los distintos grupos de la sociedad están localizados físicamente y provistos de oportunidades más o menos importantes de apropiación de bienes y servicios, lo cual determina el valor de las diferentes regiones del espacio urbano. Este proceso por supuesto puede tener diferentes grados, adquiriendo en la cuestión que abordo en este estudio un nivel de oposición que llega a la dualización y a la fragmentación. En estos casos se constituyen zonas que tienden a la homogeneidad en cuanto a las posibilidades de acceso a bienes y servicios y por lo tanto de oportunidades de ascenso social y acumulación de capital social.

Esta traducción del espacio social al espacio físico no es automática y no está exenta de contradicciones y conflictos. Es necesario por lo tanto reconocer una dinámica en cuanto a la apropiación del espacio urbano en donde participan diferentes grupos en condiciones de desigualdad, lo cual supone que existen tendencias contradictorias derivadas de los diversos intereses y valores de cada grupo.

En este sentido “la capacidad de dominar el espacio, en espacial adueñándose (material o simbólicamente) de los bienes escasos (públicos o privados) que se distribuyen en él, depende del capital poseído” (Bourdieu, 1999: 122). De esta manera los sectores que acumulan mayor capital se aseguran una ubicación con cierto grado de exclusividad que les permite acceder más fácilmente y en un menor tiempo a las personas y las cosas necesarias para reproducir su condición social. La proximidad física facilita la acumulación de capital social y consolida una posición diferenciada de aquellos de los que se ubican lejos y que resultan innecesarios o indeseables para este proceso.

Esas personas entonces, que carecen de capital, son mantenidos a distancia de los bienes sociales más escasos y se los condena a convivir en un entorno periférico, alejado o segregado. Poseen un acceso desigual (es decir inferior o nulo) a las redes de información, recursos y poder que posibilitan la movilidad y el éxito en la sociedad según los valores dominantes.

De esta manera la ciudad y su distribución espacial puede ser vista como una red con nodos y ejes centrales y estratégicos y sectores que debido a su segregación de los intercambios permanecen desconectados y entran en un declive que lleva al deterioro económico, social y físico.



Estos niveles de acercamiento o lejanía, de acceso o desconexión a las redes de recursos que permiten acumular capital o desarrollar una trayectoria social ascendente no están basados exclusivamente en diferencias materiales sino que tienen un importante componente simbólico y cultural.

Las "fronteras" que separan los espacios físicos que pueden ser por ejemplo barrios, servicios o lugares públicos no dependen de una distancia meramente espacial sino de un capital social compartido en cuanto a relaciones, conexiones, experiencias y trayectorias comunes, así como de aspectos sutiles del capital cultural como el uso del lenguaje, la vestimenta, la actitud corporal. Bajo pena de sentirse discriminados, observados o directamente excluidos quienes penetran en un espacio deben cumplir las condiciones que tácitamente se exige a sus ocupantes.

A su vez la pertenencia a espacios sociales diferenciados contribuye a la construcción de una identidad social que puede ser consagrada o degradada según los valores dominantes. La pertenencia a un barrio selecto distingue a sus habitantes y los coloca en un lugar social de poder y reconocimiento. A la inversa la pertenencia a un barrio estigmatizado degrada simbólicamente a quienes lo habitan y los priva en gran medida de "las cartas de triunfo necesarias para participar de los diferentes juegos sociales" (Bourdieu, 1999: 124).

2. procesos de segregación urbana

Desearía pasar ahora a un análisis algo más concreto del desarrollo de las ciudades en relación a los cambios en la estratificación social y al surgimiento de un nuevo tipo de marginalidad.

En este sentido me interesa incluir la perspectiva que ha tomado como preocupación central los crecientes niveles de fragmentación y desigualdad social tal como se expresan a nivel urbano en un modelo de desarrollo de la ciudad que en términos generales tiende a la segmentación residencial. Y que a partir de esta idea base desarrolla la hipótesis de que la estructura social de los barrios en las metrópolis latinoamericanas tiende a una progresiva homogeneidad interna generando altos niveles de aislamiento social de los distintos grupos.

Entre estos grupos de población han despertado una preocupación específica los más pobres a partir de la evidencia de la proliferación de zonas con una creciente acumulación y concentración territorial de desventajas sociales sobre las que se ha iniciado un proceso de segregación urbana que las amenaza con la exclusión social.

La intención de los estudios que van en esta línea ha sido incorporar a la discusión sobre la pobreza la preocupación por la integración social y por los crecientes niveles de fragmentación, discriminación y estigmatización. En este sentido se pretende superar una visión centrada en las carencias materiales y de ingresos monetarios que ha demostrado ser insuficiente a la hora de formular políticas sociales, una línea de pensamiento en las ciencias sociales, que es tributaria de las elaboraciones de Amartya Sen, y que asume la necesidad de “explorar dimensiones socioculturales asociadas a las situaciones de pobreza en que pueden hallarse entramados de desventajas que se retroalimentan mutuamente” (Saraví, 2004: 34).

En términos generales la segregación residencial es “el grado en que dos o más grupos residen separados uno de otro, en diferentes zonas del entorno urbano” (Massey y Denton, 1988: 282). Lo cual se expresa en distintas dimensiones, entre las cuales vale destacar: 1) la distancia física entre los espacios residenciales de cada grupo; 2) el grado de homogeneidad en la composición social de cada subdivisión territorial y 3) el nivel de aislamiento en el que permanece cada una de las zonas.

A su vez existe un consenso en torno a la idea de que “la segregación residencial puede definirse, en términos generales, como el grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social, sea que éste se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socioeconómicos, entre otras posibilidades” (Sabatini, Cáceres y Cerda, 2001).

Los abordajes de este tema parten de la base de que la segregación residencial es una característica negativa o maligna del desarrollo de las ciudades ya que afecta a la integración y la cohesión social reproduciendo y/o aumentando la desigualdad. Se entiende que aleja a una porción creciente de los habitantes de las oportunidades de bienestar y movilidad social ascendente y que favorece la estigmatización y discriminación de los integrantes de las comunidades segregadas.

Teniendo en cuenta esto y en una perspectiva histórica es necesario recordar que el alejamiento físico no supone de por sí una distancia socio-cultural como tampoco la cercanía en el espacio urbano asegura la integración social. Conviene distinguir la desigualdad social como idea sociológica de la de segregación residencial como idea socio-espacial, y reconocer entre ellas una relación procesual e históricamente construida y desechar la idea de una relación mecánica que sustenta una especie de “teoría de espejo” en donde la relación causal es lineal.

Por otra parte se ha señalado (Katzman, 2003) que no siempre y no en todos los casos la homogeneidad en la composición social de un barrio ha sido un elemento negativo en términos de integración social o de posibilidades de movilidad y ascenso. Se citan por ejemplo los casos de los barrios de inmigrantes que arriban a la ciudad y que en primer lugar se aglomeran en una zona o los casos de los barrios obreros tradicionales, como experiencias de concentración en donde lo territorial jugó un papel positivo en la vida de los residentes ya que permitió el reforzamiento de identidades sociales amenazadas, la organización interna y la conformación de redes vecinales de apoyo y solidaridad que funcionaron como una plataforma desde la cual incluirse en la sociedad.

Otra idea importante para esta discusión es que "la estructura socioeconómica predominante en las grandes ciudades determina los rasgos más importantes de los vecindarios que surgen en ese momento como entidades distintivas." (Katzman, 2003: 8) Especialmente las oportunidades de movilidad social presentes en cada período histórico son el elemento central para modelar los tipos de barrios pobres de una ciudad. Las mismas tienen que ver con las características del mercado de trabajo, es decir con la posibilidad de incluirse establemente en el mismo así como la presencia de oportunidades a nivel educativo para las nuevas generaciones en condiciones medianamente cercanas a las del resto de la sociedad.

Además Katzman (2003) suma como elementos importantes para comprender los distintos tipos de barrios pobres: 1) la posibilidad de consolidación a nivel comunitario de un nivel de organización que permita articular las demandas colectivas de los residentes y 2) la experiencia subjetiva por parte de los residentes de la movilidad social como una posibilidad vivida y no como una idea ajena o inalcanzable.

Los barrios obreros típicos de parte del siglo XX, si bien homogéneos en su composición social mantenían un nivel importante de cohesión interna y de circulación e integración social. Ésta venía dada fundamentalmente por la inserción de estos sectores en el mundo del trabajo, más precisamente en el sector industrial. Poseían una identidad social consolidada en torno a la imagen del trabajador y a la pertenencia a una clase social (conciencia de clase), la cual se veía reforzada por la participación en aquellas organizaciones en las cuales luchaban por sus derechos como trabajadores y articulaban colectivamente las demandas de la clase y la comunidad barrial.

Vinculado a esta forma de acción política y a logros de la lucha social, los sectores populares accedían a servicios y beneficios de carácter universal en los cuales no existía un alto nivel de segmentación social, sino que por el contrario eran utilizados por un abanico de ciudadanos, incluyendo ampliamente a la clase media.

Estas características posibilitaron que esa configuración urbana de barrio popular obrero generara un movimiento hacia la ampliación de los activos de la comunidad en cuanto al capital físico y social, a la madurez de sus instituciones vecinales y en suma al alto nivel de integración social basado en el nivel de oportunidades de ascenso social o al menos de obtener para sus habitantes aceptables estándares de bienestar.

Lo que hace que actualmente la segregación residencial se plantee como un problema central en la reproducción de la pobreza y la amenaza de la exclusión social es no solo la concentración territorial, la homogeneización de los barrios y el distanciamiento físico en el espacio urbano sino la carencia, el deterioro o la crisis de los vínculos de los pobres con otros ámbitos de inclusión social, principalmente el debilitamiento o la crisis del mercado de trabajo (segmentación laboral) y la segmentación de los servicios sociales (especialmente en salud y educación).

Especialmente con la segmentación en la educación se reducen drásticamente las posibilidades que tienen niños y jóvenes de interactuar con individuos de distinto origen social en un encuadre diferente al del intercambio económico, limitando así la posibilidad de construcción de solidaridades y códigos comunes esenciales para la integración social.

Además la deserción de las clases medias de aquellos establecimientos donde predominan los sectores populares contribuye a agravar la situación de esas instituciones generando una ampliación de la brecha entre la calidad de los servicios privados y los públicos.

Esta situación supone una polarización o dualización de la ciudad en la cual se consolidan zona de relegación social, donde habitan los perdedores del modelo, los desocupados, los excluidos. La segregación en el espacio urbano consolida un proceso de segmentación en la estructura ocupacional, las posibilidades educativas y la influencia política que son en el fondo los procesos que explican la situación de marginalidad.

Es decir que es necesario entender la actual situación de segregación y de conformación de zonas territoriales de exclusión social no desde la lógica interna de los barrios, asentamientos o

cantegriles sino desde la particular articulación socio-política que describimos en el capítulo uno y que permite comprender el ascenso de una nueva marginalidad social.

Utilizando las palabras de Kaztman (2003: 15): "estos cambios, referidos a las relaciones de los pobres urbanos con los principales circuitos económicos y sociales, implican una redefinición de la posición que ocupan en la estructura social. Mientras sus carencias absolutas y relativas los colocan en el extremo inferior del sistema de estratificación, la nueva estructura de riesgos los hace más vulnerables que antes a la exclusión social, al desacoplamiento del resto de la sociedad".

3. la discusión en torno a la noción de "gueto urbano"

De acuerdo a una corriente de opinión de la cual Kaztman forma parte, la conformación urbana donde más claramente se manifiesta la nueva pobreza en las ciudades es el caso de los *guetos urbanos*. Él lo expresa claramente diciendo: "si en un momento, lo emblemático de la territorialidad de la pobreza urbana fueron los barrios obreros, y en otro, los que formaban los migrantes del interior del país, hoy día, bajo las nuevas modalidades de crecimiento y los cambios en los órdenes institucionales básicos (familia, comunidad, mercado y Estado), lo emblemático de la territorialidad de la pobreza son los guetos urbanos." (Katzman, 2003: 8)

Desde esta perspectiva los guetos reúnen dos características centrales. En primer lugar el hecho de que su integración da cuenta de la transformación del aparato productivo y del achicamiento del Estado sumado a la eliminación de puestos de trabajo de baja calificación. Sus habitantes no son inmigrantes que arriban a la ciudad con expectativas de mejorar su situación sino que son familias expulsadas de la ciudad debido al desempleo y la pobreza y que por lo tanto se perciben en un declive social y en la imposibilidad de mejorar. En segundo lugar se trata de barrios que debido al grado de homogeneidad entre sus habitantes y al nivel de segmentación con el resto de la sociedad carecen de los "roles típicos de los circuitos sociales principales reduciéndose consecuentemente las oportunidades de exposición y aprendizaje del tipo de hábitos, actitudes y expectativas que se requieren para funcionar adecuadamente en esos circuitos" (Katzman, 2003: 10).

El propio Rúben Kaztman (2001) señala que son espacios que padecen una tendencia creciente al aislamiento social que tiene que ver con el nivel de segmentación social que debilita sus

posibilidades de formación de activos y construcción de ciudadanía debido a que los vínculos que solían unir a estas poblaciones con el resto de la sociedad están severamente dañados.

Específicamente el aislamiento espacial en los guetos urbanos produce:

- * un nivel limitado de interacción social en cuanto a habilidades, hábitos y estilos de vida;
- * redes vecinales ineficaces para la obtención de empleo;
- * dificultades para el mantenimiento de instituciones vecinales básicas y de niveles adecuados de organización y control social informal;
- * niños y jóvenes que carecen de modelos de rol exitosos y
- * un aumento de la predisposición a explorar fuentes ilegítimas de ingreso
- * criminalización y estigmatización de la pobreza.

El uso de la noción de gueto en este sentido creo que puede dar lugar a cierto malentendido teniendo en cuenta su origen histórico y su aplicación moderna a algunas situaciones como la de los barrios negros de ciudades de Estados Unidos como Nueva York o Chicago. En esos casos la noción de gueto da cuenta de una realidad diferente a la de América Latina por razones que ahora examinaré brevemente.

Interesa entonces someter este planteo de Katzman a la crítica que le podría realizar Loïc Waquant desde la definición que él hace del gueto urbano y así poder deslindar que aspectos del concepto resultan apropiados y cuales no. Justamente este autor francés señala que el extenso uso que se ha hecho del concepto de una manera descriptiva lo ha distorsionado y le ha hecho perder la fuerza explicativa que él mismo tiene cuando es empleado correctamente.

El gueto es para él “un instrumento sociorganizacional compuesto por cuatro elementos (el estigma, la restricción, el confinamiento espacial y el encasillamiento institucional), que emplea el espacio para reconciliar los dos propósitos antinómicos de la explotación y el ostracismo social.” (Waquant, 2004:72)

Aquí la clave del gueto urbano es una homogeneidad socio-cultural que está fundada en la relegación forzada de una población negativamente tipificada en un territorio exclusivamente ocupado por el gueto. La violencia de la dominación social aparece entonces como una dimensión presente en su constitución.

Originalmente en los casos de los guetos judíos en la Europa del siglo XVIII y en los guetos negros de los Estados Unidos del período fordista era clara la combinación de esos dos propósitos casi antinómicos: la explotación y el ostracismo social. Se constituyó como un dispositivo de confinamiento forzado que buscaba aislar a una población etnoracialmente determinada considerada como indeseable y contaminante para la sociedad dominadora que a la vez que segrega a sus individuos pretende aprovechar los beneficios económicos que pueda aportar ésta.

En algunos casos la pretensión de control étnico predominó sobre la explotación económica la cual quedó en un segundo plano endureciendo así el confinamiento forzado y la exclusión de los habitantes del gueto de las instituciones y servicios básicos de la sociedad (iglesias, escuelas, transportes, etc.) lo que obligó a la población segregada a generar un sistema institucional paralelo como fue el caso de los guetos negros hacia la década del 50.

El caso extremo de control étnico lo constituyó la terrible experiencia del nazismo en Alemania donde si bien se cruzaba la utilidad económica que pudieran tener los judíos, sobre todo en el contexto de producción para la guerra, predominó la intención de expulsión que luego fue sustituida por la del franco exterminio físico.

Es central en la mirada a estos espacios la idea de una perspectiva relacional en el análisis⁶, primero y como ya se dijo para reconocer que su existencia depende de procesos que trascienden su dinámica interna y que no puede ser explicado por algún tipo de característica sustancial de los grupos que lo habitan. Segundo porque es central la construcción social que se realiza de este "otro" que es el habitante del gueto o el gueto en sí mismo, el cual es mirado con miedo y con repugnancia, lo cual de alguna manera explica las reacciones de rechazo y discriminación que provoca en los ciudadanos que pertenecen a otros espacios urbanos su sola presencia o la evocación.

Por lo tanto lo central en la noción de gueto es que "es una forma de urbanización altamente peculiar distorsionada por las relaciones asimétricas de poder entre grupos etnoraciales, una forma especial de violencia colectiva concretizada en el espacio urbano." (Wacquant, 2004: 76).

Es necesario entonces distinguir claramente esta noción de la de barrio marginal: no todas las

⁶ Según el sociólogo Pierre Bourdieu (1999b) la perspectiva relacional otorga primacía a las relaciones. Se opone a las rutinas del pensamiento habitual o semi científico del mundo social, que se ocupa más de "realidades" sustanciales (individuos, grupos, etc.) que de relaciones objetivas que es necesario elaborar y validar a través de la labor científica.

El modo de pensamiento sustancialista considera a los actores en sí, independientemente del universo social en el que se inscriben y las relaciones que mantienen con el mismo. Conduce a tratar las actividades y preferencias de cada grupo de una sociedad determinada como propiedades sustanciales, inscritas de una vez y para siempre en una especie de esencia biológica o cultural.

áreas urbanas desposeídas y arruinadas son guetos. Así como tampoco lo son todas las zonas segregadas en tanto no contemplen las características reseñadas.

En conclusión, para Waqquant, cuando nos referimos a los barrios pobres (ya sean villas, cantegriles o favelas) como los que estudio en esta monografía o acerca de los que ha escrito Kaztman, describiéndolos como guetos urbanos deberíamos hacerlo solo de manera metafórica ya que se trata de realidades esencialmente distintas.

Estos barrios están atravesados mucho más por una situación que tiene que ver con el deterioro y la ruina de la vieja clase trabajadora industrial y no por la discriminación etno-racial. Según Waqquant no debemos confundir el análisis de la formación de guetos con el estudio de los barrios bajos y las zonas de clase baja de la ciudad. Se trata de barrios estigmatizados y excluidos de un sistema de clases cerrado no de una marginación basada en la cultura o el origen racial.

En el Cono Sur algunos autores y analistas han encontrado sin tener en cuenta estas diferencias conceptuales que la experiencia de barrios como el Bronx en Nueva York podía tener ciertas similitudes con la problemática regional. Por ejemplo Auyero en la introducción a *Parias Urbanos* (Waqquant, 2001:16) sostiene que se produce sobre estos territorios una perversa combinación de abandono y represión que construye al gueto (que bien puede ser para nuestro caso “el cante”, “las viviendas”, “el conventillo”) como un espacio de contaminación, como una otredad racial.

En un contexto de este tipo en donde la segregación residencial tiene como efecto el aislamiento social de los sectores más pobres de la sociedad, se produce una situación de agravamiento de los problemas derivados de una situación de exclusión social comparable a la que se registra en los guetos negros con: altos niveles de tráfico y consumo de drogas, ausentismo escolar, delincuencia, inseguridad, embarazo adolescente.

Sin embargo creo que es necesario manejarse con cuidado cuando se adopta la noción de *gueto* como clave analítica para explicar el funcionamiento de la segregación urbana de los pobres, la dualización de la ciudad y la dinámica de conflicto y violencia que surge en torno a estos enclaves territoriales. Si bien nos puede ayudar a comprender algunas aristas del proceso debemos recordar que el “gueto negro” de Chicago o Nueva York, los barrios de inmigrantes en París y los asentamientos pobres de Montevideo son realidades esencialmente distintas.

4. espacio público y "cultura de la calle"

Me interesa por último introducir en esta discusión de los procesos de segregación a nivel urbano y los conflictos sociales en torno a éstos, el tema del papel que juegan las características del espacio público local o comunitario en zonas con altos niveles de concentración de pobreza. Quisiera reconocer su incidencia en la consolidación de situaciones de vulnerabilidad social en la medida que está actuando como una desventaja o un pasivo en términos de las posibilidades de inclusión y movilidad social de los sujetos que habitan los enclaves territoriales de la pobreza.

A su vez pretendo introducir, asociado al rol del espacio público, una perspectiva sociocultural que haga foco sobre las particulares formas culturales surgidas en el marco de las nuevas condiciones de segregación urbana de los pobres ya abordadas. Esto es la idea de que en una sociedad que tiende crecientemente a la dualización social y espacial de sus habitantes se conforman mundos sociales distintos y opuestos en los cuales se desarrollan culturas divergentes en sus valores y comportamientos.

Esta situación de oposición cultural está conduciendo, en sociedades con graves niveles de desigualdad, al conflicto entre sectores sociales. Por ejemplo los patrones culturales, valorativos y comportamentales que son adaptativos en una situación de alta concentración de pobreza pueden ser perjudiciales desde el punto de vista de la integración y la circulación por otros espacios y por lo tanto pueden actuar como una desventaja para quienes lo posean.

El antropólogo argentino Gonzalo Saraví (2004) plantea la importancia para un análisis socio cultural de la pobreza estructural, el tema de la "apropiación del espacio público". Señala que en barrios habitados por población homogéneamente pobre del conurbano bonaerense ciertos grupos de vecinos imponen un tipo de sociabilidad que favorece la consolidación de prácticas, normas y valores que operan como una desventaja o un pasivo con respecto al desarrollo de la comunidad y a las oportunidades de ascenso y mejora de sus habitantes.

Cuando se habla de la *malignidad* de la segregación residencial (Sabatini, Cáceres y Cerda: 2001) o cuando se señalan las desventajas para los sujetos y las familias de habitar un barrio segregado, uno de los componentes que aparecen como centrales en este deterioro es el papel del espacio público en los propios barrios.

El barrio constituye en cualquier nivel social el espacio público más inmediato, casi una frontera o espacio de tránsito entre la dimensión privada y la dimensión pública de la vida social. El

espacio público barrial tiene relevancia para los vecinos en la medida que es el espacio urbano en donde puede ser reconocido por otros, donde hay un nivel de interacciones más personalizadas, donde se encuentra una red de recursos, de información y de esparcimiento.

En suma, el barrio es un espacio altamente significativo para quienes lo viven ya que condiciona varias dimensiones de la vida de una persona y de una familia. Más aún si es un barrio poblado mayoritariamente por personas desocupadas que no tienen una inserción fuerte en una actividad alejada de su casa y en donde el barrio se transforma en el casi exclusivo escenario de su vida fuera de lo privado del hogar.

Esta experiencia de lo barrial puede tener según el contexto un valor positivo o negativo, puede incidir positivamente en el desarrollo de los sujetos o puede transformarse en un obstáculo o una amenaza para sus posibilidades de éxito en la sociedad. Puede ser un mundo donde construir solidaridades, forjar emprendimientos comunitarios y encontrar oportunidades de participación social o bien puede ser un espacio de conflictos, de agresividad e incluso de violencia y de miedo. El barrio como espacio intermedio entre la privacidad del hogar y el mundo de lo público puede actuar como trampolín para la integración al mundo del trabajo o las instituciones educativas o bien como una desventaja frente a la posibilidad de integrarse y circular socialmente. Esto dependerá de las características que asuma el *espacio público local*.

Es claro que "en ciertos contextos, el espacio público representa el riesgo de ser sujeto de violencia o crimen, el ámbito de valores y normas alternativos u opuestos a los de la sociedad mayor, o un espacio de aislamiento y segregación." (Saraví, 2004: 38)

En la investigación de barrios populares en Buenos Aires que realiza Saraví ese predominio de patrones alternativos está relacionado con la posición dominante que cobran a nivel barrial grupos básicamente juveniles (pero también con participación de adultos) que se apropian del espacio público y adoptan una serie de códigos y comportamientos pasibles de ser definidos como "cultura de la calle".

Esta es una cultura basada en una dinámica adaptativa a la situación de exclusión. Piénsese que no sería lógico que en un entorno en donde se vive la pobreza, la desocupación y la crisis de las instituciones educativas, primaran patrones de éxito asociados al mundo del trabajo o a la obtención de titulación universitaria, más bien sería una eterna frustración y depresión de no conseguir alcanzar las metas postuladas por el grupo. (Saraví, 2004: 10)

En la "cultura de la calle" no se premia el éxito educativo o el esfuerzo por mantener un empleo, allí los desempleados, los "inactivos", "la vagancia" no es un demerito sino una realidad asumida como propia y compartida por lo integrantes del grupo. Algún tipo de delincuencia y el tráfico de drogas constituyen para estos grupos por una parte medios de subsistencia alternativos y por otra parte actividades valoradas positivamente (o al menos neutralmente) por el grupo, y posibilidades para los sujetos de demostrar su habilidad y aplicar sus condiciones personales de valor y riesgo. De esta forma, las evidencias de la exclusión o desafiliación social son evadidas o resignificadas en el barrio.

Este "mundo de la calle" se ha convertido para los jóvenes de sectores populares en el espacio privilegiado de socialización; las esquinas, las plazas, las canchas de fútbol y otros espacios comunitarios son para estos jóvenes uno de los principales ámbitos de sociabilidad, interacción y esparcimiento. Conquistán la calle, se apropian de sus lugares, en oposición a la exclusión de otros espacios de donde son simbólicamente o físicamente expulsados (shopings, centros comerciales, lugares de esparcimiento, centros educativos). La calle barrial aparece entonces como el único ámbito posible de apropiación.

Saraví lo expresa claramente diciendo que "la exclusión de ámbitos de institucionalización de la transición a la adultez como la escuela y el mercado de trabajo, la discriminación social que marca espacios de pertenencia y no pertenencia, la pobreza de recursos que impide acceder al mercado, el hacinamiento y otras deficiencias de las viviendas sumadas a frecuentes ambientes familiares conflictivos que expulsan a los jóvenes de sus hogares, así como los aspectos de identidad asociados a la calle, son algunos de los factores que nos ayudan a entender lo importante que es la calle para los jóvenes residentes en enclaves de pobreza." (Saraví, 2004: 41)

De esta manera en el marco de la fragmentación del espacio público y la relegación de los jóvenes pobres, se consolida la apropiación de un espacio concebido como un territorio en donde se impone un tipo de sociabilidad completamente diferente al de la sociedad expulsora. Allí es posible para los jóvenes adoptar una nueva identidad necesariamente diferente de la del sujeto frustrado que produce la carencia de oportunidades y expectativas de movilidad social.

Ese repliegue en el barrio y en su grupo de pares permite al joven moverse en un contexto de normas y valores propios, en donde no está exento el rechazo y la agresividad hacia el "mundo exterior" incluyendo sus sujetos y sus leyes (perdida de su eficacia simbólica) vistas como inútiles

desde una perspectiva propia, es decir, que no han funcionado para evitar su desamparo y su exclusión. (Kessler, 2004: 54)

Es lo que ellos mismos denominan como "hacer bardo" o "bardear" un conjunto de actividades que ocasionan molestias y agresiones hacia el entorno barrial: escuchar música a todo volumen, parar a la gente que transita para pedirle dinero, arrojar piedras a negocios o casas de vecinos, insultar a policías y guardias de seguridad, buscar riñas con vecinos o comerciantes, eventualmente realizar algún asalto.

Esto incluye el rechazo hacia *el otro* inclusive si este es un individuo que vive en el barrio pero aún sigue las normas hegemónicas ya sea en las instituciones educativas o en la prosecución de logros laborales. De esta manera se genera un conflicto que tiene como escenario el espacio público en donde aquellos que viven según "la cultura de la calle" presionan, discriminan o agreden a aquellos definidos como los "giles" o como "panchos" que se mantienen al margen de la vida de la "barra de esquina".

Para esos jóvenes se hace muy duro hacer frente a la doble desventaja de tener que construir un lugar en una sociedad que los discrimina y les quita oportunidades por su barrio de origen y hacer frente en su propia comunidad a la presión ejercida por los grupos de jóvenes que dominan el espacio público.

De esta manera el fenómeno de las "barras de esquina" y la "cultura de la calle" que en principio definimos como una conducta adaptativa o de repliegue frente a una sociedad carente de oportunidades y discriminadora de los jóvenes pobres tiene sobre los propios barrios pobres una incidencia negativa por este efecto de presión sobre aquellos jóvenes que intentan seguir una trayectoria según los valores hegemónicos de la sociedad.

Genera además un efecto bola de nieve hacia la homogeneización del barrio por la llamada emigración selectiva en donde las familias y especialmente los jóvenes que no comparten la trayectoria predominante de los *barderos* o los *chorros* se ven impelidos a encontrar otras zonas de residencia.

En conclusión; en el marco del proceso analizado de creciente segregación residencial de los pobres en la grandes ciudades latinoamericanas se ha generado una dinámica vinculada al espacio público de los barrios pobres en donde la apropiación del mismo por parte de grupos o bandas juveniles que se socializan en una "cultura de la calle" esta produciendo un deterioro importante de estos entornos agudizando su situación de exclusión social.

capítulo 3

procesos de marginalidad y conflicto urbano en el Uruguay

El presente capítulo tiene como objetivo abordar el tema del conflicto social urbano en el contexto nacional, específicamente en el área metropolitana. Para ello decidí hacer foco sobre la situación de una zona de la capital en particular: Colón.

Por lo tanto el capítulo aborda en primer lugar la exposición de algunas tendencias generales que permiten ubicar al Uruguay en el contexto de los problemas referidos a nivel general en cuanto a la crisis del mundo del trabajo y el ascenso de un nuevo régimen de marginalidad. Luego expongo un panorama de las formas que ha adoptado el conflicto social urbano en nuestro país especialmente en relación con los cambios macro sociales referidos.

Por último me interesará exponer el caso particular de la zona de Colón ya que creo que resulta altamente ilustrativo de las tendencias de agravamiento del conflicto social y la marginalidad en el siglo XXI.

1. conflicto social y violencia urbana

He planteado desde el comienzo del trabajo mi interés por analizar la convivencia en el medio urbano desde el punto de vista del conflicto. Esta intención surge a raíz de la idea de que la vida en la ciudad, y aquí me refiero a Montevideo aunque es un rasgo compartido con diversas ciudades, se ha tornado crecientemente conflictiva y que han aumentado los niveles de violencia así como la percepción subjetiva de la inseguridad por parte de los ciudadanos.

Asociada a esta idea quiero retomar el argumento de que esos niveles de conflicto en aumento deben estar relacionados a la realidad de un nuevo régimen de marginalidad urbana y a las situaciones de segregación y fragmentación residencial en las que profundicé en las páginas anteriores. Me interesa ahora dedicar algunas líneas a esa relación entre conflicto, marginalidad y violencia urbana.

Desde los objetivos de este trabajo puntualmente me interesa visualizar el conflicto en la convivencia en el medio urbano, en un contexto histórico de desestructuración del mundo del trabajo, niveles muy altos de desigualdad social y de consolidación de nuevas formas de

marginación especialmente visibles en la proliferación de barrios pobres segregados que tienden a una situación de exclusión social.

Este conflicto en realidad son conflictos, en plural. Es decir, no se trata como clásicamente se visualizaba el conflicto entre obreros y capitalistas, entre industriales y productores agrarios, entre conservadores y revolucionarios: se trata de una situación de conflicto instalada en el espacio urbano entre quienes lo habitan cotidianamente que es reconocible en los cambios importantes en los patrones de convivencia e inclusive en diversos hechos violentos y de enfrentamiento vividos en el espacio público de la ciudad.

Diferentes espacios se han tornado más inseguros y el tránsito por los mismos, así como el uso de estos por los ciudadanos se ha transformado en una experiencia con mayores probabilidades de acabar en una situación de enfrentamiento o de violencia.

Se vive por otra parte en una sensación de miedo de la mayoría de los habitantes la cual muchas veces excede las posibilidades reales de ser víctima de una agresión, lo que obliga a distinguir entre la percepción subjetiva de la inseguridad del espacio público de la evaluación objetiva del aumento de los hechos violentos.

Sostengo, y esto es comprobable, que ha habido en la última década del siglo XX tanto en Montevideo como en la mayor parte de las ciudades latinoamericanas un aumento de los hechos violentos entre ciudadanos así como de las acciones represivas por parte de la policía.

Según el Observatorio Nacional Sobre Violencia y Criminalidad Uruguay (Ministerio del Interior, 2006) se registró en la década del 90 un importante crecimiento de los delitos violentos según las denuncias recibidas por la Policía Nacional. En cuanto a las rapiñas pasamos de unas 2560 en 1990 a la cifra de 8352 en el año 2005, lo que supone un aumento del 175,6 % en quince años. Así también la cifra de hurtos se duplicó en el mismo período, llegando a los 104.902 hurtos anuales en el 2005. La cifra de homicidios sin embargo se ha mantenido estable en este período teniendo una leve disminución de -2,9 %⁷.

Sin perjuicio de estos datos ha habido a su vez una creciente sensación de inseguridad en la población. La empresa Equipos Mori (2005) publicó en el diario El País una encuesta en donde se afirma que solo el 42% de los montevideanos dice que vive en una zona que considera bastante

⁷ Uruguay tiene una tasa de homicidios que varía anualmente pero que se coloca en un promedio de unos 6 homicidios cada 100.000 habitantes. lo cual es bajo si se compara con el promedio mundial que es de un 10,7, y aún más bajo con respecto al promedio regional que es de 22,9. Sin embargo estamos por encima de países como EEUU (5,5) y Chile (3). (Kessler, 2005)

segura y 2% adicional que vive en una zona muy segura. Por otra parte el 44% de los entrevistados afirma que vive en una zona insegura y 11% que vive en una zona muy insegura. Es decir, algo más de la mitad de los habitantes de Montevideo se siente inseguro en su propio barrio.

Complementariamente se registra una caída en los niveles de sensación de seguridad. La evolución de la opinión pública muestra que a mediados de 1998 la proporción de montevideanos que se sentía segura era la más alta de los últimos años: 59%. Esa proporción bajó luego de manera importante: fue de doce puntos menos (47%) a fines del 2000 y de casi veinte puntos menos (38%) en 2003.

En la mirada por sectores socio-económicos es posible comprobar que los sectores más preocupados por la seguridad pública son los medios y aún más los sectores bajos. En la mirada por zonas detectamos que los barrios con mayor concentración de pobreza son los que expresan los más altos niveles de sensación de inseguridad. Como ejemplo en Casavalle esto alcanza al 84,1 % de los vecinos, en Punta de Rieles al 71,1 y en Colón al 74,5. (Bogliaccini, 2005: 172)

Esto tiene que ver con una fuerte tendencia a la privatización de la seguridad como bien público, quienes han podido han "abandonado" el recurso a la seguridad pública y han contratado dispositivos privados de protección. Paralelamente a lo que ha pasado en otras áreas como la educación o la salud, esto ha repercutido en un deterioro del servicio público que es sufrido principalmente por aquellos que tienen menos posibilidades de obtener el servicio privado, en este caso la seguridad.

Los altos niveles de temor a ser víctima de algún tipo de agresión o hurto provocaron un cambio en las actitudes cotidianas de la gente deteriorando los patrones de sociabilidad e indican la existencia de un fenómeno social -en la medida que modela actitudes y determina comportamientos- cuya importancia no se puede negar.

Bogliaccini (2005) señala que "la inseguridad como proceso de tipo epidemiológico (...) comienza a estructurar la convivencia social". Se establece una sinergia negativa entre la sensación de inseguridad y la predisposición a interactuar con desiguales, alimentando así el proceso de segregación urbana.

Como consecuencia de esto se restringe el uso del espacio público (sobre todo a los niños) y se ve erosionada la confianza en el otro, por no decir que surge con mayor fuerza el miedo al diferente

(sobre todo si es joven y pobre). Los padres acompañan más a sus hijos al colegio o contratan servicios de transporte que los movilizan. Se evita el tránsito nocturno y aún diurno en ciertas calles o barrios, así como portar dinero o artículos de valor.

Esto refuerza por lo tanto una tendencia al repliegue en el hogar como lugar de desarrollo de actividades de esparcimiento privado a través de la TV, videojuegos, internet y videos o al uso de locales privados con dispositivos de seguridad (shoppings, clubs, etc.)

Como ya se observa en países donde el problema de la inseguridad ciudadana es mucho más grave que en Uruguay, "a largo plazo estas situaciones desalientan la sociabilidad espontánea que surge en encuentros informales en lugares públicos (café, plazas, clubes, etc) y, en particular, tiende a reducir las oportunidades de interacción entre personas de distinto origen social." (Katzman, 1996)

Otra consecuencia de la sensación de inseguridad es la contratación de servicios privados de seguridad. En este sentido son ilustrativos los datos manejados por Kessler (2005) que señala que en Buenos Aires en la década del 90 las empresas de seguridad incrementaron sus ingresos en un 283%. Con respecto a Uruguay, de acuerdo a declaraciones de jefes policiales la cifra de guardias privados alcanzaba en 1997 a 18.000, en tanto el personal policial en Montevideo era de 6.000 (Búsqueda, 29 mayo de 1997).

Si bien no tengo otros registros para el caso montevideano todo permite suponer que existió una fuerte expansión en el rubro de alarmas, cercas eléctricas y rejas, entre otros dispositivos de seguridad.

Otro indicador importante de cambio en el estilo y calidad de vida se vincula con la decisión de adquirir un arma de fuego. Una encuesta de opinión pública citada por Katzman (1996: 12) revela que el 40% de la población considera que "por seguridad" es mejor "tener un arma de fuego en la casa". El 22% dice poseer un arma en su hogar, mientras que un 12% la piensa comprar.

Interesa también conocer el despegue que tuvo esta tendencia en la evolución histórica con un salto que se concentra a partir de mediados de la década del 80.

Registros de armas de fuego en el Uruguay: 1944-1995

Periodo	Número de Títulos registrados	Promedio anual	(1944-1972)=100
1944-1972	157947	5416	100.0
1973-1985	92381	7106	130.5
1986-1991	115312	19219	352.9
1992		20017	367.6
1993		22279	409.1
1994		23893	438.7
1995	208468	26967	495.2

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a información y datos del Servicio de Materiales y Armamentos del Ejército.

Más recientemente un informe de Radio El Espectador en noviembre del 2003 en Uruguay había unas 570.000 armas registradas de las cuales sólo el 10 % está en posesión de la Policía y el Ejército, el resto está en manos de particulares en los hogares y empresas uruguayas.

Como se señaló hay un proceso de mercantilización de la seguridad. El acceso a todos estos bienes que tienen que ver con la intención de las familias de alcanzar mayores grados de seguridad y protección está altamente estratificado. Es por esto que los sectores pobres se ven empujados a buscar estrategias personales y presenciales de seguridad. Por ejemplo la tendencia a no dejar solo el hogar se ha establecido como un recurso cotidiano de éstas familias. (Bogliaccini, 2005: 171)

El espacio público no ha sido el único escenario de conflictividad a nivel urbano, es interesante analizar lo acontecido por ejemplo en la educación pública. Allí también paulatinamente se ido instalando un creciente nivel de violencia como expresión del conflicto social la cual tiene al menos dos caras: violencia entre los alumnos y violencia entre alumnos y docentes, a lo cual podría agregarse una creciente conflictividad entre la escuela y el entorno.

Son cada vez más frecuentes las agresiones entre alumnos tanto dentro como en el entorno de los locales, en donde han llegado a registrarse episodios de lesiones e inclusive de heridas por arma

de fuego.⁸ También se han tornado habituales los conflictos entre padres y docentes y actos de agresión de vecinos hacia las instituciones educativas.

Así como la ciudad se ha fragmentado las instituciones educativas se han segmentado y paulatinamente se ha ido perdiendo el carácter integrador de la escuela donde décadas atrás convivían diversos sectores sociales.

En el actual contexto de marginalidad urbana y exclusión social son diversas las investigaciones que dan cuenta del malestar de los docentes que no encuentran respuestas al problema de desarrollar un proceso educativo en las escuelas de los barrios pobres así como de la crisis de la escuela como dispositivo institucional de integración característico del Estado-nación moderno.⁹

Profundizar en esto nos implicaría desviarnos un poco de la temática central de este trabajo pero creo que es importante reconocer que la conflictividad urbana a la que aludo, y que aparece relacionada al nuevo régimen de marginalidad, no solo está presente en el espacio público. También las instituciones encargadas de la educación (en quienes los gobiernos ponen la esperanza de reducir los niveles de desigualdad social) se ven crecientemente enfrentadas a la pérdida de calidad en la convivencia entre quienes habitan el espacio escolar.¹⁰

Relacionado a las instituciones del Estado es importante observar la evolución de la respuesta de los aparatos encargados de mantener el orden, reprimir el delito e impartir justicia en la sociedad.

Surge la pregunta ¿qué papel ha desempeñado la policía en este contexto de creciente conflictividad urbana y violencia social?, y ¿qué respuesta han sido capaces de articular los poderes del Estado frente a la realidad de la fragmentación social, la segregación urbana y la creciente sensación de inseguridad?

De alguna manera esta exploración implica abordar la “otra pata” del problema, en el sentido de que la conflictividad social no solo debe ser medida en términos de menor o mayor delincuencia, o aumento o descenso de los delitos violentos, las lesiones y las agresiones. Se impone también un

⁸ Se puede recordar en este sentido el episodio en el cual un alumno del ciclo básico de secundaria en Montevideo disparó con un arma de fuego a una chica ocasionándole lesiones graves y permanentes (noviembre de 2003).

⁹ ver por ejemplo Redondo 2004, Briozzo y Rodríguez 2005.

¹⁰ Duschatzky y Corea (2002) plantean la destitución de la escuela en zonas de exclusión social en su pretensión de modelar subjetividades desde el discurso de la ciudadanía y la educación como acción igualadora. La eficacia simbólica de su discurso está en crisis lo cual explica este conflicto al cual aludo.

examen de la respuesta de los aparatos represivos, de que han aportado a la solución o al agravamiento del conflicto social instalado.

Algunos indicadores dan cuenta de un importante nivel de descreimiento social en la autoridad de las agencias estatales para enfrentar el fenómeno de la violencia y la conflictividad. Según una encuesta realizada por la empresa Factum (El Observador, 07/12/2000) en el año 2000 un 22% de la población calificaba la acción de la policía como “mala o muy mala”, mientras que un 25% la calificaba como “ni buena ni mala”. Específicamente, según el mismo estudio, en Montevideo la policía tiene una imagen de 47 puntos sobre un total de 100 (imagen regular).

Más allá de la eficacia real de la policía para reprimir el delito se plantea una discusión sobre la relación entre las distintas formas de violencia del aparato estatal. Resulta llamativo que en el período de mayor crisis social, donde se empeoran todos los niveles de bienestar y se deterioran los sistemas de protección, se produzca un desarrollo del aparato represivo. Y que la acción de este haya afectado sobre todo a aquellos sectores marginados por el orden económico neoliberal del último cuarto del siglo XX.

En este período se registró una tendencia mundial a la “elevación masiva del presupuesto y el número de efectivos de las fuerzas del orden, [la] escalada de las denuncias por abuso y violencias policiales, [el] crecimiento continuo de la cantidad de personas detenidas y encarceladas, [la] desconfianza y [el] temor crecientes de la población de los barrios pobres y notable deterioro de las relaciones entre [éstas comunidades] y la policía” (Waqquant, 2000: 13)

En este contexto en el cono sur una serie de países adoptaron un modelo de policía ultra represiva conocida como *Tolerancia Cero*, desarrollada en la ciudad de Nueva York frente a los problemas de seguridad atribuidos a la población de los ghettos urbanos, en un intento de frenar la escalada de violencia vivida en sus principales ciudades (ver los casos de Argentina y de Chile). En Uruguay si bien no hubo una “importación” explícita de esta política es posible reconocer durante la década del 90 y los primeros años del siglo XXI un desarrollo de las leyes que habilitan un mayor desarrollo represivo y punitivo.

Esa tendencia a un mayor desarrollo punitivo por parte del Estado contrasta especialmente en la década del 90 (en el auge del modelo neo-liberal) con el declive de la inversión en políticas sociales específicas para la superación del desempleo crónico, los niveles de indigencia y la igualdad de oportunidades.

Existen estudios para el Uruguay que sostienen que durante la década del 90 el vacío dejado por la retracción del Estado social fue ocupado por las estrategias del sistema penal, en un proceso que tendió a "criminalizar las cuestiones sociales, construyéndolas como cuestiones punitivas" (IELSUR, 1997)

Es decir que es una característica mundial y latinoamericana, de la cual nuestro país no es ajeno, la articulación por parte de los gobiernos de una estrategia de combate a la conflictividad social a partir del desarrollo de los aparatos represivos (la policía y el sistema penitenciario) enfocados en su acción a los barrios pobres y los sectores en una situación de marginalidad social.

Esto ha provocado un deterioro en la relación de los sectores populares, especialmente de aquellos barrios más conflictivos, con la policía, el sistema penitenciario y la justicia lo cual de alguna manera viene a agravar la situación de marginalidad social, el repliegue sobre sí mismos y el desarrollo de códigos y referencias alternativas a las socialmente hegemónicas.

En resumen, el crecimiento de la violencia y el delito es un hecho en Montevideo desde comienzos de la década del 90 hasta la actualidad. Esto ha impactado en una creciente sensación de inseguridad que se ha instalado sobre todo en las franjas sociales de menores recursos.

Paralelamente, y como parte de un proceso de decaimiento del bienestar que provee el Estado, los aparatos públicos encargados de la seguridad se han visto desbordados y han perdido confianza en su accionar. La sociedad se volcó al desarrollo de estrategias privadas de protección las cuales se mercantizaron crecientemente aumentando la desigualdad en el acceso a ese bien.

La consecuencia de esto ha sido la mayor desprotección relativa de los estratos más pobres quienes deben encargarse personal y familiarmente de su protección, lo que los coloca una vez más en una situación de *handicap* frente a otros sectores.

En este marco los cambios en los patrones de interacción y circulación social han tendido al aislamiento de los distintos sectores erosionándose los espacios de integración en favor de ámbitos segmentados. Esto deja a los menos privilegiados en una situación de pérdida de capital social y aumento de su condición segregada.



032 897

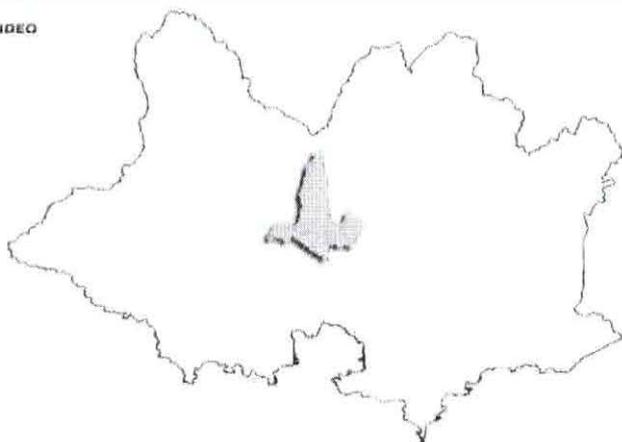
2. El caso del barrio Colón.

¿Por qué elegir Colón para un análisis de este tipo? Porque se trata de una zona de Montevideo en donde es posible observar de una forma patente, el desarrollo de procesos como los descritos en este trabajo.

Contiene en un radio geográfico de proximidad, es decir de convivencia en el espacio público (parques, avenidas, comercios, algunos servicios), sectores de población en situación de marginalidad social además de sectores medios y altos. Los mismos se distribuyen en espacios cercanos pero diferenciados lo que genera una cierta identificación con la zona pero además una identificación paralela con el barrio propio. Es decir, si bien los sujetos expresan vivir en Colón cuando son consultados sobre el lugar donde viven, tienen una identificación especial con el "barrio", cooperativa, asentamiento o "cante" donde residen. Se reconocen como pertenecientes a una zona reconocible desde el afuera: Colón, pero sienten en realidad una pertenencia a un entorno más reducido que abarca solo unas cuantas manzanas. Una cosa es la ubicación geográfica en el macro-contexto de la ciudad, otra es la pertenencia social a un entorno barrial que en realidad es reducido y se diferencia claramente dentro de la zona de Colón.

Es posible allí observar la tensión referida a la convivencia y la integración social entre sectores sociales divergentes desde un punto de vista socio-económico pero más aún desde un punto de vista simbólico e identitario. Señalábamos, junto con autores como Katzman, que la homogeneidad social en la conformación de los barrios genera fragmentación y favorece una tendencia a la exclusión social de ciertos espacios. Pero, en Colón se observa que la heterogeneidad y la convivencia entre grupos diversos se transforman en elementos bastante complicados desde el punto de vista de los niveles de conflictividad. Hay aquí una tensión importante en el desarrollo urbano en la cual explorar.

ZONA DE COLÓN
MONTEVIDEO



La zona de Colón se ubica en el centro-norte del departamento de Montevideo. Es una zona tradicionalmente dedicada a las actividades agrarias por un lado e industriales y comerciales por otro. Por su proximidad al Montevideo rural históricamente parte de su población se vinculó, y aún se vincula (ya sea como propietarios, capataces, peones o zafrales), a la actividad agrícola, especialmente hortícola y frutícola, donde predomina la producción vitivinícola.

A su vez destaca cierta actividad industrial: por una parte la de orden agro-industrial (especialmente bodegas, aserraderos) y por otra las tradicionales (química, autopartes y montaje, etc.). Posee a su vez un importante movimiento comercial y financiero funcionando como centro de referencia de una amplia región norte del departamento e inclusive de Canelones.

Es importante también en la dinámica de esta zona el funcionamiento de la administración municipal local (Centro Comunal Zonal y Junta Local nº 12) así como el funcionamiento de importantes servicios educativos y de salud.

Es necesario distinguir en la cartografía socio-espacial de Colón la existencia de sub-zonas ciertamente heterogéneas. Componen ellas un paisaje diverso en donde pueden encontrarse sectores como el obrero, el cooperativista, la clase media-alta y alta junto a asentamientos irregulares y aún barrios con características de gueto urbano.

En principio el casco más tradicional de lo que es Villa Colón más el llamado Barrio Ferrocarril son zonas que ocupan el centro de Colón al este y oeste de la Plaza Vidiella y a lo largo de la Avda. Lezica. Se trata de barrios con un perfil de población de un nivel de socio económico medio y medio alto. Esto quiere decir, la mayoría son propietarios de sus viviendas, algunos de comercios también, en su mayoría poseen automóviles y por supuesto tienen un nivel de ingresos importante y estable vinculado a su situación de trabajadores bien remunerados (cargos gerenciales, empleos públicos) o de empresarios del comercio, el agro o la industria. Existe a su vez como en otras zonas de la ciudad un sector amplio de personas jubiladas o retiradas en el que parte de ellos mantienen también un buen nivel de ingreso.

Conviven en estos barrios con vecinos que sin llegar a una situación de pobreza son asalariados, cuentapropistas o pequeños comerciantes los cuales son arrendatarios de sus viviendas y tienen un nivel de ingreso sensiblemente menor. El nivel de ingreso per capita promedio de esta zona es de unos 4159 \$ al 2003 (Observatorio Montevideo de Inclusión Social, 2004: 3) frente a un ingreso promedio del departamento de unos 6397 \$.

Por otra parte Colón muestra otra cara bien distinta en lo que es su zona centro noroeste más el barrio Conciliación. Allí encontramos un panorama social bastante más complejo con una

población empobrecida y con serios problemas de inserción en el mercado laboral. Los caracteriza la pobreza material, poseen pocas o ninguna fuente estable de ingreso, han accedido a viviendas precarias a través de la ocupación, el asentamiento irregular o los planes estatales de vivienda para pobres y viven de la ayuda estatal, de subempleos, empleo precarios y actividades informales tanto legales como ilegales. El ingreso promedio per capita de esta sub-zona es de 3900 \$ al 2003 lo que lo coloca por debajo de barrios como La Teja o Malvín Norte.

Otro dato importante para dimensionar la situación de los estratos más bajos de la zona es que un 49 % de los hogares de estos barrios están bajo la línea de pobreza y un 84 % no supera las dos líneas de pobreza (Observatorio Montevideo de Inclusión Social, 2004). Se registra entre estos habitantes un nivel de 20,2 % de desempleo y un alarmante 49,2 % de desempleo entre los menores de 24 años (cifra record en el departamento).

No tenemos datos específicos para el cinturón de asentamientos más los barrios de viviendas estatales que constituyen los puntos más deteriorados social y económicamente, pero sin duda estos guarismos sean allí más preocupantes ya que los números que aportamos se ven matizados por englobar a parte del barrio que aún posee ciertos sostenes desde el punto del ingreso y del empleo.

Esta descripción intenta dar cuenta de la coexistencia en una misma zona de al menos dos "mundos" sociales divergentes, uno de ellos que mantiene una inserción estable en el mercado de trabajo y el otro posee una situación absolutamente precaria desde este punto de vista.

Esto plantea una estratificación en cuanto al ingreso que implica también una segmentación importante en el acceso a servicios tanto a nivel educativo como a nivel sanitario. En los barrios con un nivel de integración más alto hay un uso extendido de las mutualistas y emergencias móviles para la atención en salud así como un índice alto de asistencia a instituciones privadas de educación. Por el contrario los estratos más bajos que habitan en la cuenca del Pantanoso y en torno al Camino Lecoq se asisten mayoritariamente en la salud pública y envían a sus hijos a la educación pública.

Entre ellos es posible encontrar cierta diversidad de situaciones en las cuales es necesario indagar para poder comprender mejor la complejidad de las relaciones sociales en la zona.

En primer lugar quienes conforman la población de asentamientos y complejos habitacionales viven una situación de pobreza que puede ser encuadrada en el proceso de descomposición de la

sociedad salarial y la consolidación de un nuevo régimen de marginalidad como el expuesto en el capítulo 1 sumado al desarraigo, a la falta de servicios y pérdida de redes de sostén.

Una parte de ellos son sectores marginalizados desde larga data, víctimas de sucesivos traslados y desalojos e hijos de varias generaciones de pobres quienes originalmente habitaban en los barrios bajos de la ciudad (Barrio Sur y Ciudad Vieja especialmente). Estos ocupan fundamentalmente viviendas en los complejos habitacionales construidos por el Estado en la década del 90 para el realojo masivo de personas.

Otros, la mayoría, cayeron en la pobreza en los últimos 20 o 25 años en el período más álgido de desestructuración del mercado de trabajo y las protecciones sociales. Las personas mayores de estas familias pertenecen a una generación de transición, socializada con el horizonte de una sociedad salarial que se desbarranca cuando ellos ya son parte de la misma.

Quizás una de las diferencias centrales entre estos grupos hace precisamente a que si bien todos son desocupados u ocupados precarios, unos poseen la marca indeleble de una socialización laboral previa, otros solo la experiencia de la inestabilidad y la marginación. Esto es determinante en términos de la construcción identitaria y del tipo de acción que despliegan.

Los que aún mantienen una identidad asociada al mundo del trabajo tienden a compartir un marco valorativo más cercano al socialmente hegemónico aunque están limitados para acceder al bienestar por los canales legitimados. Poseen a su vez una tradición de lucha social asociada a su origen obrero lo que los impulsa a construir alternativas a su situación a través de la organización colectiva, tanto para demandar como para impulsar acciones tales como la ocupación de terrenos y la construcción de asentamientos.

Conforman un sector que ha realizado la transición descrita por Merklen (2005) en donde frente a la pérdida de una inscripción social ligada al mundo del trabajo y la consecuente amenaza de desafiliación, desarrollan una inscripción de corte territorial donde aparece un repertorio de acciones colectivas ligadas a las relaciones sociales comunitarias.

Por lo tanto conviene distinguir entre la población de los barrios pobres de la zona diferencias en su inscripción social, en el nivel de desacoplamiento al mundo del trabajo y en la adhesión a canales y normas legitimadas socialmente.

Hay otro punto importante en cuanto a la historia del barrio y sus pobladores que tiene que ver con las etapas en que se conforma la actual población de la zona. Colón fue originalmente, y aún mantiene algo de ese carácter, un barrio de "gente acomodada". Desde mediados del siglo XIX se

destacó por ser una zona apreciada en cuanto entorno natural, tierras fértiles, arbolado importante, cierto distanciamiento del bullicio capitalino. En una época donde aún no se valoraba la cercanía del mar se constituyó en uno de los primeros barrios de la clase alta montevideana, algo que ha quedado atestiguado en las fincas lujosas que aún permanecen (caso típico la quinta del entonces presidente Idiarte Borda). Ciertamente aquella población, o sus descendientes, ya no habitan en la zona (salvo raras excepciones) y aquella característica de barrio para la alta sociedad se ha trasladado a otras zonas, básicamente en el este del departamento. Sin embargo la evolución histórica marcó que aún ya avanzado el siglo XX el barrio mantuvo algunas características en cuanto a su población predominantemente de clase media alta más ciertos sectores de población obrera (del ferrocarril, las industrias, bodegas, etc.), los que constituyeron el grueso de la población moderna de la zona y quienes en su gran mayoría permanecen habitándola.

Continuó a su vez siendo característica de Colón cierta dinámica pueblerina en cuanto al tipo de interacción entre los vecinos quienes mayoritariamente se conocían entre sí, frecuentaban los mismos comercios, las mismas instituciones y los mismos servicios. Los clubes sociales y deportivos así como el Liceo público y el Colegio Pío (perteneciente a la orden de San Francisco de Sales) fueron centros neurálgicos de un nivel alto de integración social.

Fue una de las zonas prototípicas de una sociedad definida por Germán Rama como *hiperintegrada* (Rama, 1987) o por Carlos Real de Azúa como *amortiguadora* (Real de Azúa, 1984).¹¹

No obstante desde fines de la década del 80 o principios de la del 90 se procesa y se instala un gran cambio en la cartografía social de la zona. En este período se registra la llegada de un aluvión de población nueva a la zona, básicamente familias en situación de pobreza provenientes del interior de la República o de otros barrios montevideanos, quienes encontraban en Colón grandes extensiones de terreno "libre", de propiedad fiscal o privada que eran aprovechables para la construcción de viviendas. En el período comprendido entre 1985 y 2004 se crean 38 asentamientos en todo Colón y zonas aledañas, la mayoría de ellos en la década del 90¹². Estos

¹¹ Estas son dos ideas que retratan el proceso histórico del Uruguay moderno. En el caso de Rama la referencia a la sociedad hiperintegrada señala la relación entre la sociedad y el Estado en donde surgió un "circuito integrativo de enorme repercusión en la constitución de una sociedad de consenso, democrática, pero que a futuro frenará la capacidad de innovación." (Rama, 1987: 40)

En sintonía con ésta idea, Real de Azúa, propone que a partir de ciertas características de la sociedad uruguaya se consolida una dinámica de "amortización del disenso social" en donde los conflictos "no llegan a la explosión" y "toda tensión se compone o compromete al final en un acuerdo". (Real de Azúa, 1984, 90)

¹² Datos extraído de el informe "Pauta de Relevamiento General De Asentamientos Precarios" elaborado por la Comisión de políticas sociales del C.C.Z. N° 12, 2003. Sin editar.

importantes en ese entorno. También acerca de los modos en que las comunidades se apropian de los espacios que habitan.

Quiero decir, buena parte de la población de la zona siente que por su arraigo en la misma (la cual data de al menos dos generaciones), por su papel en lo que ellos entienden como “la construcción del barrio” y por su participación activa en las organizaciones sociales y el movimiento económico, se han visto lesionado sus derechos en un proceso de empobrecimiento y aumento de la conflictividad en la zona.

Muchos vecinos entienden, y lo plantean muy angustiados, que gracias a la llegada a la zona de una población extraña, con pautas de comportamiento completamente diferentes a las tradicionales, Colón perdió: la tranquilidad de sus espacios públicos, la confianza predominante en el vínculo entre las familias, la sensación pueblerina de estar “entre conocidos”; y por el contrario ganó en inseguridad, en deterioro de los espacios, en desconfianza. Son vecinos que se sienten agredidos por aquellos que ven como extraños y de quienes preferirían nunca haber llegado a convivir en ese espacio urbano.

Las reacciones que provoca en esos vecinos este tipo de lectura de los cambios en la zona son: un mayor nivel de contratación de servicios de seguridad privada, enrejamiento de buena parte de las viviendas de las zonas integradas, retirada de las clases medias de las escuelas públicas, menor uso del espacio público y mayor retraimiento al ámbito privado o a determinados clubes, eventual abandono de la zona de algunas familias, creciente demanda de punición a los poderes públicos.

Si bien no se puede hacer una delimitación precisa de grupos que viven la situación de esta manera, claramente puede percibirse en el diálogo con los comerciantes de la zona y esto eventualmente ha pautado la predica y las acciones de la Asociación de Comerciantes de Colón. Los propios comercios funcionan como centros en donde los vecinos dialogan en torno a estos problemas y construyen una mirada colectiva que refuerza los sentimientos de cada cual.

En este aspecto especialmente se registran diversas posturas que van desde un eje más discriminatorio y represivo hasta posturas que apuntan a profundizar y ampliar las propuestas educativas y pre-laborales para los jóvenes. Hay a su vez un espacio de conflicto interno en cuanto al debate de estas ideas, ya sea de un modo informal ya sea formalizadamente en espacios como Comisiones de Vecinos, Consejo Local, Centro de Comerciantes o en la recientemente conformada Comisión de Inseguridad Barrial.

Especialmente esta última ha cobrado en los últimos tiempos una relevancia importante en tanto ha desarrollado una intensa serie de estrategias comunicacionales y políticas destinadas a

presionar a las autoridades y a sensibilizar a la población (a un nivel amplio, no solo barrial) acerca de sus demandas, obteniendo una repercusión fuerte en diversos ámbitos como el Ministerio del Interior y los medios masivos de comunicación.

Ha habido también una respuesta de matiz diferente en la comunidad local. Una respuesta relacionada a un impulso por un lado caritativo hacia los pobres que se instalaban en la zona así como a una intención de promoción social de los nuevos barrios. La comunidad católica tanto desde el Colegio Pío como desde la Parroquia Colón implementaron una serie de dispositivos recreativos de fin de semana para niños pobres, al cual le agregaron una tarea de corte evangelizante o religiosa y una serie de ayudas de tipo caritativo (alimentos, ropa de abrigo, etc.) Tal vez uno de los logros interesantes de estos emprendimientos es la posibilidad de que, al contar con la participación activa de adolescentes de clase media de la zona, funcionan como espacios de encuentro entre esos dos "mundos sociales" que describí más arriba. Un encuentro de un signo muy particular, donde uno ocupa el lugar del asistente y otro el del asistido pero que sin dudas contribuye a reducir la tensión reinante entre individuos de uno y otro lado de Colón y a construir en un vínculo estable algo parecido a un "nosotros" que está por encima de las diferencias.

Se distinguen entonces al menos dos respuestas de la comunidad al arribo en la década del 90 de un amplio contingente de población en situación de pobreza, una de corte más hostil se repliega sobre sí misma, se siente amenazada y reclama a las autoridades que restituyan el clima de seguridad y ausencia de conflicto a través de la imposición del orden por parte de la Policía. Otra, con un tinte católico caritativo, busca articular un acercamiento desde la ayuda y la difusión de sus propios valores en un contacto cara a cara.

Hay en ambas miradas y en ambas respuestas una construcción completamente distinta del otro y una significación distinta también de la distancia que separa esos dos espacios sociales. Una establece una neta diferenciación entre ciudadanos y entre quienes entiende son extraños a esa comunidad al modo del "extranjero" de Simmel (1939). Visualiza los barrios nuevos como culturalmente incompatibles a la comunidad existente y entiende que las conductas de sus habitantes son desviadas irrecuperablemente. Por eso lo que queda es restituir "el orden" a través de la coacción. Es un tipo de mirada que consolida la segregación y el aislamiento de estos barrios y que contribuye a constituirlos en algo similar a aquella situación extraordinaria del *gueto urbano*. (Merklen, 2005: 153)

La otra mirada se construye en una relación de mayor proximidad en donde el otro es antes que nada un desafortunado que merece el socorro y la protección de la comunidad. No está presente la sensación de invasión y de rechazo sino la de caridad hacia los pobres desfavorecidos.

Si bien se advierte diferentes formas en las cuales la comunidad barrial procesó los cambios ocurridos con los aluviones poblacionales existe un nivel en donde es muy difícil amortiguar el conflicto. Más allá de los esquemas ideológicos, éticos o religiosos de los vecinos resulta está una dimensión objetiva en el riesgo y la inseguridad que tiene que ver con el aumento de los delitos violentos y especialmente de los protagonizados por gente de la propia zona.

Hay un comportamiento defensivo y reactivo contra aquellas personas que siendo parte de los enclaves más pobres de Colón han optado por el desarrollo de estrategias alternativas de sobrevivencia entre las que destaca la criminalidad. Especialmente por quienes han desarrollado esa forma de delito de Kessler denomina como *amateur*, es decir aquellos adolescentes y jóvenes que incorporan el delito como una lógica de comportamiento en el espacio público barrial. Es decir, que frente a la carencia de otros espacios de integración y expresión se han *apropiado* de algunos espacios barriales y han desarrollado en ellos ciertos códigos fuertemente chocantes con la cultura tradicional. Son los códigos de los auto-denominados *pibes chorros* que combinan el *afano*¹⁵ y el *bardo*¹⁶ con el consumo de sustancias psicoactivas.

Por lo tanto más allá de la posibilidad de comprensión o no de estas situaciones hay un nivel de deterioro en el vínculo entre vecinos que resulta muy difícil de resolver a corto o mediano plazo. El nivel de heterogeneidad en los códigos culturales y valorativos es tan alto que el conflicto se hace inevitable.

¹⁵ Robos hechos fundamentalmente mediante técnicas como "el descuido", "el arrebató" o la rapiña. Inclusive a veces con uso de armas de fuego ("andar de caño")

¹⁶ En el sentido de conductas grupales realizadas en el espacio público las cuales tiene como denominador común la disrupción del orden y la tranquilidad. Puede incluir: escuchar cumbia a un alto volumen, gritar, insultar, arrojar piedras, etc.

capítulo 4

conclusiones.

Lo expuesto hasta aquí ha pretendido ser una reflexión sobre el medio urbano y el impacto que sobre éste han generado los procesos de deterioro de la integración social, especialmente los vividos en Latinoamérica durante los últimos 30 años. He intentado recorrer una trayectoria que en definitiva es la del impacto de ese proceso en las formas de sociabilidad en diversas ciudades contemporáneas.

Destaqué básicamente la idea de que el ascenso de una nueva forma de marginalidad social, asociada a la crisis del mundo del trabajo, la inadecuación de los sistemas de protección social y la segregación urbana, debe colocarse en el centro de una explicación de un proceso de creciente conflictividad social.

A su vez intenté reflejar el quiebre de ciertos patrones comunes de entendimiento y convivencia social que no tienen solo que ver solo con los niveles de desigualdad en el ingreso, sino en la posibilidad de la construcción de ciudadanía en el más amplio de los sentidos. Es algo que tiene que ver con una fractura en la experiencia de lo colectivo. Lo que se ha roto son ciertos sostenes sociales, políticos y económicos que posibilitan la integración.

Guillermo O'Donnell (1999) coloca este problema en términos que resultan interesantes para recoger aquí. Señala que hay un deterioro en la calidad de la democracia expresada en la condición de los ciudadanos, que son o debieran ser el fin último del régimen. Sin ciudadanos autónomos y con cierta base común una democracia carecería de sentido.

La condición actual es que carecemos de una ciudadanía efectiva más allá de la posibilidad de votar cada cinco años, se ha transformado en una ciudadanía trunca, o "de baja intensidad". (O'Donnell, 1999: 84).

A esto ha aportado sin duda la pérdida de centralidad del trabajo y así lo he reflejado. La integración por la vía de la participación estable en actividades productivas se ha descompuesto, afectando fuertemente a otras instituciones. Principalmente a la familia, la escuela y el barrio.

Toda una estructura de protecciones que descansaba sobre la condición de asalariado se vio afectada por la expansión masiva de dos fenómenos: el desempleo y la precarización laboral. Lo

que dejó a miles de trabajadores (y sus familias) en una situación de rápida pérdida de bienestar, en la medida de que los sistemas de protección social no se adaptaron rápidamente a la nueva realidad. Esto generó lo que se ha descrito como la "deuda social", la cual se acrecentó especialmente en los años noventa.

Las transformaciones en el mundo del trabajo provocaron a su vez cambios importantes en los procesos de identificación social de las clases populares, erosionando la inscripción social centrada en el empleo.

En el medio urbano particularmente esto afectó a la dinámica de los barrios populares u obreros. La dimensión espacial o socio-espacial no tardó en dar cuenta de este proceso excluyente generándose un proceso de creciente segregación territorial de la población más afectada por las transformaciones.

Los lazos que vinculaban a las clases populares con la dinámica de la ciudad tenían que ver fuertemente con el trabajo: con su dimensión económica pero fundamentalmente con su dimensión social/simbólica y con su dimensión política.

La instalación en el desempleo o en el empleo informal de grandes sectores implicó un déficit en la circulación social y en la participación política. Aunque puedan señalarse, como lo hace Merklen (2005), formas de integración y participación vinculadas a la "inscripción territorial" hay sin dudas una debilidad política de los sectores pobres. Como señala O'Donnell (1999), la lucha permanente que libran por la sobrevivencia no es propicia para su organización y movilización lo que los hace mucho más vulnerables que otros grupos a "la cooptación, la represión selectiva y el aislamiento político".

Esto implicó a su vez la expansión de enclaves territoriales de comunidades pobres que progresivamente se desacoplan de las vías de acceso al bienestar. A partir de una importante segmentación en el acceso a la salud y la educación, sumado al desarrollo de un área de política social focalizada hacia "los pobres" los habitantes del "barrio marginal" pierden crecientemente espacios de interacción con el resto de la ciudad y se ven progresivamente aislados. Esta realidad nueva implica un nivel de segregación que no se observaba en el barrio obrero.

Una cierta diversidad de estos enclaves territoriales de pobreza en franca expansión. Por un lado eclosión de los asentamientos urbanos irregulares y por otra la construcción de monoblocks y complejos habitacionales para desposeídos son dos de las principales manifestaciones de este proceso.

En estos barrios se distingue un sector que mantiene cierta ligazón social más allá de las fronteras barriales por el hecho de haber conocido en el pasado reciente un mayor nivel de integración y de mantener hoy la expectativa de lograr una inserción laboral estable. Son personas que poseen una fuerte socialización laboral previa y que actualmente han quedado "instaladas en la precariedad" al decir de Castel.

Paralelamente a éste sector encontramos a quienes han renunciado a seguir transitando los duros caminos de la inclusión por la vías legitimadas socialmente. Se trata de personas que desarrollan una serie de estrategias alternativas de sobrevivencia muchas de las cuales se encuentran fuera de la ley. Son cada vez más quienes se dedican a la delincuencia y al tráfico de drogas en el marco de este proceso de opción por otras vías.

Si bien no conviene simplificar en la caracterización de la población, y es real que existen una serie de situaciones intermedias y matizadas, hay una tendencia a que se consoliden oposiciones del tipo "ellos y nosotros". Aparecen y se refuerzan distintas fronteras en la ciudad, algunas de carácter geográfico-social como la que separa el barrio del cantegril, y otras de carácter simbólico entre quienes habitan un mismo espacio. Entre estas aparece fuertemente una de corte generacional entre el mundo adulto y los jóvenes, o entre adultos y niños.

Se van estructurando, al decir de Saraví (2005), percepciones socialmente construidas que asignan a los diferentes espacios urbanos y a los diferentes grupos de población identidades propias. Se refuerzan asociaciones del tipo, entre otras: pobre/peligroso, joven/delincuente/drogadicto, niño de la calle/irrecuperable; en un imaginario colectivo en donde a partir de los prejuicios se estigmatiza sectores enteros de población.

Esto además se asocia a diferencias sociales y culturales entre grupos muy reales, no solo construidas "desde fuera". Expuse, retomando el trabajo de diversos analistas, que en los contextos de pobreza urbana estructural se consolidan valores opuestos a los hegemónicos de la sociedad.

Señalé que hay que precaverse de no pensar esas construcciones culturales como atributos esenciales de las poblaciones. Por el contrario es necesario reflexionar de "modo relacional" como plantea Bourdieu (1999b), ubicando la lógica cultural en el contexto de la distribución de oportunidades y capitales de diversas especies entre los diferentes grupos sociales.

Encaré como estos procesos se traducen en el deterioro de los niveles de convivencia social. Señalé la explosión de un tipo de violencia social asociada a esto que repercute en un agravamiento de la segregación.

A su vez ese proceso se deja sentir en la transformación de la vida cotidiana de toda la ciudad a partir del creciente nivel de sensación de inseguridad. El miedo se propaga entre quienes se sienten potenciales víctimas y entre quienes son o fueron victimizados. Esto impacta en una creciente dificultad en los patrones de sociabilidad entre personas de origen socio-cultural diverso.

Surge un nuevo y extenso repertorio de estrategias que desarrollan muchas familias para reducir los riesgos de ser víctima. En términos generales hay una gestión de la seguridad que implica un repliegue privado y un progresivo encerramiento de ciertos sectores. A su vez se extiende la contratación de mecanismos privados de protección contra delincuentes que corre paralela a la percepción del deterioro de las instituciones públicas que atienden ésta área.

Esta segmentación en los servicios de seguridad ha dejado en una particular situación de desprotección relativa a los sectores medios-bajos y bajos que no acceden a los servicios privados. Ésta es mayor si tenemos en cuenta que se han desdibujado los códigos tradicionales que condenaban fuertemente el robo intrabarrrial lo que los dejan más expuesto a la agresión de sus propios vecinos.

Es una transformación de la vida comunitaria especialmente problemática en estos barrios pobres, en donde la crisis del trabajo y el incremento del temor complejizan no ya los vínculos hacia el afuera sino entre los propios vecinos.

En resumen, lo que está en juego son los grados de heterogeneidad tolerables para una sociedad. ¿Hasta que punto esa pérdida de un eje transversal que articule las identidades diversas no pone en juego la integración social? ¿Estamos viviendo en una sociedad fragmentada o dual? Son preguntas que surgen en el análisis de estos temas.

Se trata entonces de un final abierto, en el cual nos surgen preguntas que tienen que ver con la mirada hacia el futuro. La evolución que puedan tener los temas planteados estará vinculada a la posibilidad de construir una sociedad verdaderamente democrática e integradora.

bibliografía

Altimir, Oscar (1998) *Desigualdad, empleo y pobreza en América Latina: efectos del ajuste y del cambio en el estilo de desarrollo*. En: Tokman, Victor y O'Donnell, Guillermo (compiladores) *Pobreza y desigualdad en América Latina*. Paidós. Buenos Aires.

Bogliaccini, Juan A. (2005) *Inseguridad y segregación en Montevideo. Las claves territoriales de la fractura social urbana*. Revista Prisma, nº 21. Universidad Católica del Uruguay, Montevideo.

Bourdieu, Pierre (1999) *La Miseria del Mundo*. Akal, Madrid.

Bourdieu, Pierre (1999b) *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona.

Briozzo, Adriana y Rodríguez, Dalton (2005) *En las fronteras de la escuela*. Montevideo; Editorial Frontera.

Buxedas, M., Aguirre, R., Espino, A. (1999). *Exclusión Social en el Mercado de Trabajo. El caso de Uruguay*. OIT. - F. Ford, Santiago de Chile.

Castel, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós, Buenos Aires.

Castells, Manuel (1997). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 1 La sociedad red*. Alianza Editorial, Madrid.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2005) *Panorama social de América Latina*. CEPAL, Santiago de Chile.

Duschatzky, Silvia y Corea, Cristina (2002) *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Paidós, Buenos Aires.

Equipos Mori (2005) *La mitad de Montevideo teme por la seguridad*. Diario El País 01/04/05, Montevideo

Filgueira, Carlos (1999) *Bienestar y ciudadanía. Viejas y nuevas vulnerabilidades*. En: Tokman, Victor y O'Donnell, Guillermo (compiladores) *Pobreza y desigualdad en América Latina*. Paidós. Buenos Aires.

Filgueira, Fernando, Filgueira, Carlos (1994) *El largo adiós al país modelo. Políticas sociales y pobreza en el Uruguay*. Arca, Fundación Kellogg, Peithos. Montevideo.

IELSUR (1997) *El Uruguay de los 90. Entre políticas sociales y políticas criminales*. Ielsur, Montevideo.

Latino Barómetro (2006) *INFORME LATINOBARÓMETRO 2006*. www.latinobarometro.org, Santiago de Chile.

Lozano, Wilfredo (1999) *Desregulación laboral, Estado y mercado en América latina: balance y retos sociopolíticos*. En: Filmus, Daniel. "Los noventa" Eudeba, Buenos Aires.

- Kaztman, Rubén (1996) *Marginalidad e integración social en Uruguay*. CEPAL, Montevideo.
- Kaztman, Rubén (2001) *Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos*. CEPAL, Santiago de Chile.
- Kaztman, Rubén (2003) *La dimensión espacial en las políticas de superación de la pobreza urbana*. CEPAL, Santiago de Chile.
- Kessler, Gabriel (2004) *Sociología del delito amateur*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Merklen, Denis (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Editorial Gorla, Buenos Aires.
- Ministerio del Interior del Uruguay, Departamento de Datos, Estadísticas y Análisis (2006) *Observatorio nacional sobre violencia y criminalidad Uruguay*. www.minterior.gub.uy
- Nun, José (2001) *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires; Fondo de Cultura Económica.
- O'Donnell, Guillermo (1999) *Pobreza y desigualdad en América Latina*. Lima; OIT/ Oficina Regional para América Latina y el Caribe. Paidós, Buenos Aires.
- OIT (2004) *Panorama Laboral 2004*. Lima; OIT/ Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- OIT (2005) *Avance del panorama laboral 2005* Organización Internacional del Trabajo, Lima.
- Olesker, Daniel. (2001) *Crecimiento y exclusión. Nacimiento, consolidación y crisis del modelo de acumulación capitalista en Uruguay (1968 – 2000)*. Montevideo: Trilce.
- PNUD (1999) *Informe de desarrollo Humano 1999 - Uruguay*. ONU – PNUD, Montevideo.
- PNUD (2001) *Informe de desarrollo Humano 2001 - Uruguay*. ONU – PNUD, Montevideo.
- Rama, Germán (1987) *La democracia en Uruguay. Una perspectiva de interpretación*. Buenos Aires; GEL.
- Real de Azúa, Carlos (1984) *Uruguay: ¿una sociedad amortiguadora?* Montevideo, CIESU – Banda Oriental.
- Redondo, Patricia (2004) *Escuela y pobreza. Entre el desasosiego y la obstinación*. Buenos Aires; Paidós.
- Saraví, Gonzalo A. (2004) *Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural* Revista de la Cepal nº 83, Agosto.
- Simmel, Georg (1939) *Sociología*. Espasa – Calpe, Buenos Aires.

Wacquant, Loïc (2000) *Las cárceles de la miseria*. Manantial, Buenos Aires.

Wacquant, Loïc (2001) *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Manantial, Buenos Aires.

Wacquant, Loïc (2004) *Las dos caras de un gueto. La construcción de un concepto sociológico*. Revista Renglones nº 56, Mexico.